

REGRESO A NOVA

Donald Curtis

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

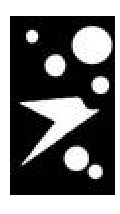
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

590 - Mar galáctico - *Lou Carrigan.*
591 - ¿Quién compra un planeta?- *Clark Carrados.*
592 - El planeta de los centauros - *Joseph Berna.*
593 - Mundo de acero - *A. Thorkent.*
594 - Desterrados de la galaxia - *Clark Carrados.*

DONALD CURTIS

REGRESO A NOVA

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 595
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —CARACAS —MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B.35.935 – 1982

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición en España: enero 1982
1.ª edición en América: julio, 1982

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona - 1982

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

—¿Estás decidido, Ken?

Asentí. Miré con cierta tristeza a Ingrid.

—Sí —dije con voz ronca—. Estoy decidido, Ingrid.

Ella inclinó la cabeza. Seguía teniendo el cabello suavemente dorado, cayéndole en ondas revueltas sobre su frente y su atractivo rostro. Pero para mí ya no era igual que antes. Ya nada era igual.

—Lo siento —murmuró—. De veras lo siento, Ken.

—Yo también —suspiré, sintiéndome terriblemente despreciable, indigno de ella—. Yo también, Ingrid. Quisiera que las cosas fueran de otro modo. Podría ocultarte todo esto, disimular mis sentimientos... Pero no sería decente. No contigo, Ingrid.

—Claro que no —sonrió forzada—. Tampoco resultaría. Las mujeres notamos esas cosas. Estuve segura de que algo sucedía antes de que me hablaras de ello. Apenas te vi volver... Pero claro, no podía imaginarlo. ¿Cómo iba yo a saber...?—Sí, claro. Nadie puede saber esas cosas. Es algo que no entraba en nuestros cálculos. Mi retorno debía significar la... la boda y todo eso.

—Oh, calla, por favor —noté que se estrangulaba su voz en la garganta—. No menciones eso ahora, Ken. No es justo. Piensa que yo... yo sigo queriéndote.

—Lo siento —murmuré—. No debí olvidarlo en ningún momento, Ingrid.

—No es que tenga ya demasiada importancia. Sé que las cosas no pueden cambiarse. Lo que sí quisiera saber, al menos, es si ella... ella es... es humana.

—¡Cielos, claro que sí! —protesté, asombrado.

—Perdona. Suena como una pregunta absurda, ridícula. Casi ofensiva diría yo. Pero teniendo en cuenta que mi... mi rival está tan lejana... quería saber... estar segura...

—Te entiendo —afirmé despacio—. Sí, Ingrid. Es humana. Como tú, como yo. No sólo hay vida humana en nuestro mundo. Existen otros. Lejanos, muy lejanos. Como Nova. Allí hay seres humanos. Otras razas, otras costumbres, otro modo de vida. Pero son criaturas humanas en sentimientos, en físico, en todo. Ella... ella es... *muy* humana, te lo aseguro.

—Lo creo. ¿Y... bella?

—Mucho —confirmé sintiéndome incómodo, deseando que aquella charla terminase de una vez por todas—. Como tú.

Distinta, claro. Pero como tú, Ingrid.

—¿Te ama? —Sí.

—Y tú a ella.

—Ya te lo he dicho. De no amarla, esto no tendría sentido. No pude evitarlo, Ingrid. De veras que no pude,

—Te comprendo. No me importa si sé que os amáis los dos y que no hay en tus sentimientos nada pasajero, frágil, que pudiera haceros daño a ambos...

—No, supongo que no. No es capricho, ni deseo, ni nada parecido. Es amor, Ingrid. Puedo equivocarme, naturalmente, como antes me equivoqué al creer que sólo podía sentir amor por ti. Sería terrible cometer otro error y permitir que fuese demasiado tarde para rectificar. Pero no creo que sea ese el caso. Ahora sé cuánto la amo. No puedo continuar aquí, tan lejos. No me es posible vivir sin su presencia...

—Ya veo —lágrimas silenciosas rodaron de sus azules ojos, resbalando por sus mejillas pálidas—. Sólo me queda desearte lo mejor, Ken. Espero que esta vez, como tú dices, no te equivoques. Ninguna mujer se merece un fracaso así. Ni yo... ni ella.

—Ingrid, ¿qué más puedo decirte, cómo agradecer tu comprensión?

—No digas nada. Es lo mejor. Vuelve a su lado y olvídame. Te será fácil ahora.

—Volver... —musité, pensativo—. Dios mío, no espero otra cosa... Se me hace interminable esperar.

Ingrid no comentó nada. Me puso una mano en el brazo, lo apretó con ternura y salió de la estancia. Yo sabía que iba llorando. Pero no podía hacer nada por evitarlo. Mentirle hubiera sido monstruoso. Ocultarle la verdad de mis sentimientos, una canallada sin disculpa.

Había sido duro, difícil. Y doloroso para ambos. Pero era mejor así. El único lazo que me ataba a mi mundo ya estaba roto.

Ahora sí podía pensar en ella. En la otra. Y en mi retorno.

Ahora ya podía soñar con mi regreso a Nova.

* * *

—¿Regresar a Nova? —el comandante Biddle me contempló estupefacto—. ¿Se ha vuelto usted loco, Darrell?

—Me temo que no, señor —traté de sonreír, manteniéndome erguido ante mi jefe—. Deseo volver a Nova lo antes posible.

—Pero... pero eso no tiene sentido, Darrell —protestó mi superior—. Está usted hablando de un lugar situado a una distancia inmensa de nuestro planeta...

—Lo sé, señor. Recuerde que estuve ya una vez allí.

—Precisamente por eso, Darrell, debería darse cuenta exacta de lo que me está pidiendo. No sólo es una petición insólita, sino que no está en mi mano complacerle ni remotamente.

—¿Puedo preguntar los motivos, señor?

—¿Usted, precisamente, quiere preguntarlo? —el comandante parecía exasperado—. Por Dios, ¿es que no lo entiende? Las expediciones fuera de nuestro Sistema Solar son escasas y costosísimas. Previamente se estudian sus presupuestos y se disponen los recursos con mucha antelación, y bajo un riguroso control de la Administración. No sólo nuestro país, sino todos los miembros adheridos a la Agencia Internacional del Espacio deben dar su visto bueno al proyecto, y entonces se inicia la cuenta atrás, hasta el momento de lanzamiento de la nave tripulada. Usted sabe muy bien, por haber formado parte de la primera expedición a Nova, que esa cuenta atrás alcanza en ocasiones un período de hasta dos años.

—Lo sé, señor. Nuestra cuenta atrás recuerdo muy bien que duró exactamente dieciocho meses.

—¿Y sabiendo todo eso viene usted a verme y me pide, así por las buenas, regresar a Nova? Evidentemente, amigo Darrell, algo le ha hecho desvariar en esta ocasión para hacer una petición semejante.

—Señor, he oído decir que se prepara otra expedición fuera del Sistema Solar...

—Es cierto. Se prepara, Darrell. Pero nada más. Pueden pasar cinco, diez o veinte años antes de que esa expedición parta de la Tierra. Y ni siquiera es Nova su destino. Pasará cerca de ese mundo lejano y fascinante donde usted ya estuvo una vez y adonde ahora quiere volver. Pero eso será todo.

—No me importaría abandonar la nave en un monoplaza cuando pasara cerca de Nova. Un monoplaza de autonomía de vuelo limitada puede ser muy peligroso en el espacio exterior, lejos de nuestro Sistema, lo sé. Pero podría correr el riesgo. Estoy seguro de salvarlo con éxito, señor.

—En primer lugar, eso es un albur que no podemos correr con personas especializadas como usted, Darrell, que forma parte de nuestro más selecto grupo de investigación cosmológica. Por otra parte, ¿de qué le serviría regresar a Nova, si tanto es su deseo, dentro de quince o veinte años, si las cosas se demoran lo suficiente?

—Es posible que también esa expedición tenga antes su partida. Por favor, inclúyame en la lista previa de tripulantes de la expedición Tierra-Tres, comandante. Es lo único que le pido. Esperaré el tiempo que sea.

—Darrell, ¿se da cuenta de que, puestos en lo peor, si esa nave

tarda quince o veinte años, o quizás más en despegar hacia otros espacios estelares, usted tendrá entonces alrededor de los cincuenta años o más, y que esa edad no es la más aconsejable para un cosmonauta enviado fuera del Sistema Solar?

—A esa edad se puede estar en perfecta forma física y mental.

—Es posible. Pero ¿qué sucederá, sometido a las difíciles condiciones de vida en el espacio exterior? ¿Podría un astronauta entre cincuenta y sesenta años resolver problemas de supervivencia para él y para los demás, con la misma eficacia y precisión que un hombre de treinta años?

Vacilé. El comandante estaba poniéndome las cosas difíciles. Traté desesperadamente de asirme a una remota posibilidad.

—Supongo que sí, señor. Además, cabe dentro de lo posible que la expedición tarde sólo en partir uno, dos o cinco años. Si, llegado el momento, mi edad no es la adecuada para tal empresa, entonces aceptaré sin protesta su decisión.

—No sería mi decisión, Darrell, sino la del consejo médico de la Agencia y del Gobierno Federal, entiéndalo bien. De todos modos, no puedo darle una respuesta satisfactoria. No aún, Darrell. No puedo prometerle absolutamente nada.

—¿Eso es una negativa definitiva, señor?

—Casi. Personalmente, yo lo consideraría como tal —el comandante Biddle se encogió en su asiento, frunciendo el ceño, y me miró pensativo. Parecía costarle trabajo pronunciar ciertas palabras. Pero al fin lo hizo—. Hay motivos para que obremos así, amigo mío. De veras lo siento.

—¿Motivos, señor? —arrugué el ceño—. En estos momentos, la expedición Tierra-Dos debe hallarse muy próxima a Nova. ¿Es que ocurre algo especial?

—Si ocurre, lo ignoramos —se frotó el mentón con energía, signo evidente en él de una honda preocupación—. Lo cierto, y esto es estrictamente confidencial por el momento entre usted y yo, es que no sabemos nada de la Tierra-Dos.

—¿Qué? —me sobresalté—. ¿Se refiere a que no han comunicado con la frecuencia prevista?

—Me refiero a que no han comunicado *en ningún momento*, desde que se aproximaron a Nova. Y de eso hace ya un año, aunque para esos otros mundos signifique mucho menos tiempo, dado el fenómeno que allí se produce con relación al tiempo terrestre.

—Un año… —me quedé estupefacto—. Tiene que haberles sucedido algo, señor… ¿Han intentado comunicar de alguna otra forma, establecer contacto con los mandos de la nave para saber si funciona normalmente?

—Por el amor de Dios, Darrell, ¿cree que somos niños

inexpertos? —se irritó mi superior—. Sabe muy bien que antes de mantenerse un silencio así, se ha intentado todo. Absolutamente todo, radio, televisión, ondas especiales, seguimiento espacial de emergencia, contactos de todo tipo, incluso los de máxima alerta... Nada.

—Nada... Dios mío, algo ha debido sucederles... Mi mejor amigo formaba parte de la tripulación de esa nave, señor...

—Lo sé, lo sé —suspiró el comandante Biddle—. El teniente Adam Landers, del Cuerpo de investigación Geoespacial. También figuran allí varios buenos amigos míos. Todos ellos pueden haber sucumbido en el espacio, sin nosotros tener idea de ello. Pero sea como sea, la situación es absurda. Nuestros sistemas de detección espacial son suficientes para captar la presencia de la nave Tierra-Dos, esté donde esté, aunque toda su tripulación haya parecido en el trayecto. No tiene sentido que no podamos ni siquiera captar su presencia en algún punto del Universo. Es como si se hubiese evaporado sin dejar rastro, después de un mensaje normal y nada alarmante, emitido hace un año terrestre. Físicamente no existe la nave. Ni su tripulación. Sólo eso explica el silencio total, la ausencia de señales en las pantallas de seguimiento. Se ha perdido todo contacto físico o radial con ellos, eso es todo.

—¿Acaso... una explosión?

—Imposible. Lo hubiéramos detectado. Las pantallas señalarían la presencia de los fragmentos. Ni siquiera eso. Es como si se hubiera convertido súbitamente en vacío, sin explosión ni choque alguno. Como por arte de magia, Darrell. ¿Comprende ahora por qué no puedo prometerle nada y rechazo de plano su petición? La Agencia Internacional del Espacio y el Gobierno Federal están estudiando seriamente el asunto y puede transcurrir mucho tiempo antes de que se envíe otra expedición con igual destino. Todo dependerá, supongo, de lo que la investigación de este misterio nos dé por resultado.

—Pero la mejor investigación de lo ocurrido, señor, creo que consistiría en el envío de *otra* expedición de búsqueda y rescate... —sugerí, obstinado.

—Astronauta Darrell, ya basta —cortó bruscamente el comandante, poniéndose en pie con severidad—. El asunto está zanjado. Le agradeceré que no insista más, o me veré obligado a mostrarme más severo con usted. Tengo mucho trabajo, de modo que retírese ya. Y recuerde: el asunto de la desaparición del Tierra-Dos sigue siendo un secreto para todos. Espero que no hable de ello con nadie. Buenos días, astronauta Darrell.

—Buenos días, señor.

Saludé rígidamente y salí de su despacho sintiéndome

desmoralizado y hundido.

Todos mis sueños acababan de disolverse en la nada. No sólo me negaban la posibilidad de regresar a Nova, sino que ni siquiera sabía si mis camaradas del Tierra-Dos, entre los que se contaba mi mejor amigo, el geofísico Adam Landers, estaban vivos o muertos, perdidos o desintegrados en el inmenso vacío espacial.

Al cruzar la extensión ajardinada entre el edificio destinado al mando de la Agencia y las viviendas de los astronautas, no pude dirigir una mirada al cielo nuboso, que amenazaba lluvia.

Más allá de esas nubes grisáceas, estaba el cielo que a nosotros nos parecía azul, sin serlo. Y más allá, los planetas de nuestro Sistema. Y todavía más allá, la noche eterna y sin límites del Universo, con estrellas, galaxias y planetas dispersos en la inmensidad.

Uno de esos cuerpos celestes, uno solo, era mi fascinación y también mi obsesión. Uno de esos remotos, lejanísimos mundos, a los que jamás había llegado el hombre terrestre, pero donde otra raza humana vivía y se desarrollaba, era mi único afán en la vida.

Ese mundo era Nova.

Nova, el planeta distante y maravilloso donde ella estaba. Acaso pensando también en mí, mirando al cielo cuajado de estrellas de su mundo, preguntándose si seria cierto que yo un día iba a volver allí para no partir ya jamás...

Eso era imposible ya. Nunca habría regreso a Nova.

Nunca...

Y entonces, mientras caminaba sin rumbo, cabizbajo, hundido en mis pensamientos, mis recuerdos se acoplaron como piezas dispersas de un *puzzle*. Imágenes que parecían distar siglos, se dibujaron nítidas en mi memoria, evocando un pasado no tan remoto en el tiempo, aunque sí en el espacio...

Y volví a vivir aquellos días felices en Nova.

Con ella. Con Zirga... Con mi amada y hermosa Zirga, la más bella criatura imaginable entre los seres humanos del Universo...

CAPITULO II

—No, Ken. No creo que regreses nunca aquí...

La miré. Era asombroso con qué perfección había aprendido nuestra lengua en sólo unas pocas semanas del tiempo de Nova. Su voz, musical y dulcísima, de notas graves y profundas, cristalinas y agudas otras, emitía los sonidos de mi propio idioma con igual

perfección que si hubiese estudiado en Yale o en Harvard.

Las lunas de Nova, sus siete fantásticas, irisadas y resplandecientes lunas del planeta Nova, flotando en la noche de matices púrpura, brillaban en el cielo, prestando una luminosidad fantástica al rostro prodigioso de Zirga, a sus sedosos ojos ambarinos, a su boca jugosa, roja y fresca como una flor de los trópicos húmedos de Nova. A su cuerpo esbelto, armonioso, sensual, cuya semidesnudez habitual en Nova, no hacía sino darle una seducción candorosa, casi ingenua, desprovista de morbosidad.

Ella también miraba a las grandes lunas y a las lejanas estrellas que salpicaban las manchas remotas de vecinas nebulosas estelares. Una de ellas, gigantesca y resplandeciente en la distancia, era la que había dado precisamente nombre entre nosotros al planeta Nova.

Ya a bordo del Tierra-Uno, antes de descubrir la existencia de un planeta habitado —¡y habitado por *humanos*!— a la sombra luminosa de aquella enorme galaxia, nos había deslumbrado el brillo de aquel polvo estelar, recuerdo sin duda de una estrella desaparecida, una enana blanca cuya tremenda explosión por reacción termonuclear, la convierte en una simple nebulosa que se va expandiendo durante siglos, dotada de una rara y poderosa luminosidad. Ese fenómeno, que los cosmólogos conocemos como una *nova (supernova* cuando el cataclismo estelar corresponde a una estrella gigante, con lo que su resplandor se hace millones de veces mayor), nos había llevado a bautizar al desconocido planeta, cuando lo avistamos, con el nombre de ese fenómeno cósmico: Nova (1).

Y en Nova continuábamos ahora los expedicionarios del Tierra-Uno. Disfrutando de su clima ideal, de sus bellezas, de su forma de vida sencilla y casi idílica, que convertía sus parajes ajardinados en un auténtico paraíso, y sus pequeñas y laboriosas comunidades, en pueblos de sobria existencia, austeros placeres y una rara sensibilidad hacia las artes. No era extraño hallar en Nova maravillas escultóricas, monumentos y arquitecturas de ensueño, en un estilo idealizado, así como poemas y romances de asombrosa sensibilidad y belleza. Todo ello, compaginado por sus apacible y sonrientes habitantes con sus labores agrícolas, pesqueras o industriales.

Aunque, por fortuna para ellos, su industrialización era rudimentaria y nadie parecía entusiasmado con la idea de conseguir, como nosotros, naves espaciales capaces de surcar

---

(1) El fenómeno ya aludido es frecuente en el Universo, y se debe a lo que el personaje refiere. El nombre de nova o supernova se le aplica por la apariencia de que haya surgido una estrella nueva o nova, cuando la explosión se produce, ya que su resplandor es visible desde la Tierra durante horas, días o semanas, según la magnitud del desastre cósmico, donde antes no se veía nada salvo negrura. (N. del A.)

los espacios, ni complicados sistemas electrónicos o mecánicos,

al servicio de una sociedad de consumo y de superindustrialización.

Lo extraño de ellos es que no les sorprendía nada. Nos acogieron como a simples visitantes de otros mundos. No como a dioses ni demonios. Su religión era simple. Creían sólo en un Dios capaz de crear todo el Universo, y su cultura les llevaba a intuir o presentir la existencia de otras civilizaciones lejanas y poderosas, que algún día llegaron allí. Sus poemas hablaban en ocasiones de ello. Pero aun reconociendo lo magnífico de nuestra ciencia técnica, no la aceptaban como una meta para su sociedad. Preferían su ritmo de vida, su sentido de las cosas, su modo de entender la existencia y la felicidad del hombre.

Su lenguaje era musical y rico en matices. Difícil de aprender. Pero en cambio ellos poseían una rara habilidad para entender otras lenguas y asimilarlas. En las escasas semanas en que permanecimos allí, muchos de los novanos, como les llamamos nosotros, aunque ellos eran en realidad karzianos, del planeta Karz, nombre que tenía en su lenguaje.

Así, Zirga y yo, habíamos llegado a intimar como si nos conociéramos de toda la vida. Y nadie en Nota veía nada malo ni pecaminoso en la relación de un hombre de la Tierra y una mujer de Karz. El amor, en Nova, era algo natural, espontáneo y sencillo, sin significación pecaminosa ni procaz.

Y yo, sin darme cuenta, había empezado a enamorarme de Zirga. Ella también de mí. Pero lo malo es que, por entonces, existía entre nosotros la sombra de Ingrid, la mujer con quien estaba fijada la fecha de la boda: seis meses después de mi regreso a la Tierra...

Por entonces ignoraba yo cuántas veces se demoraría esa fecha, para, finalmente, romper de modo definitivo nuestro compromiso...

Entonces, Ingrid era aún el gran obstáculo. Porque me parecía injusto, cruel, romper con ella por el amor hacia una mujer de un planeta donde me hallaba sólo de visita, y al que posiblemente jamás volvería.

Por eso le había prometido poco antes a Zirga, en un arranque de espontaneidad y energía, regresar un día a Nova.

Su respuesta, tras un silencio prolongado, había sido ésa:

—No, Ken. No creo que regreses nunca aquí...

Tardé en responderle. Contemplaba su perfil, recortado contra las lunas de Nova.

—¿Por qué dices eso? —logró articular por fin.

—Porque es la verdad —se volvió lentamente. Me miró a su vez. Sus ojos eran como dos profundos lagos apacibles, de aguas ambarinas y misteriosas—. No vas a volver nunca, Ken.

—Zirga, te he prometido...

—No, no —me puso su mano en los labios. Sentí la suavidad

sedosa de sus largos dedos, rozando mi boca en un impulso vivaz—. No prometas más cosas. No dependen de ti, Ken. No podrás cumplirlas. Te debes a otras obligaciones. Tienes unos superiores, un trabajo que hacer, un mundo tuyo, una vida diferente… No te adaptarías a esta otra clase de existencia.

—Ya me he adaptado a ella —protesté—. Y es hermosa.

—Te lo parece, por comparación con esas horribles ciudades que me has mostrado en tus películas, ¿no se dice así?, y que son como colmenas. Has visto algo nuevo, distinto y apacible. Te sientes mejor, más sereno. Pero eso es momentáneo, Ken. A la larga, esta vida sencilla, más cerca de la Naturaleza y de la sensibilidad del propio ser humano, te parecería insoportable, aburrida y tediosa. Un día, maldecirías haberte quedado aquí hasta morir, rodeado de unas gentes y unas costumbres que terminarías por odiar. Créeme, Ken. En mejor pensar en que nuestra próxima despedida será definitiva. Cuando tu poderoso Tierra-Dos parta de Karz… o de Nova, como quieras, te habrás ido de mi vida para siempre. Y yo de la tuya. Piensa en eso, Ken, y será mejor para los dos.

—Es posible —me sonrió con una ternura increíble—. Y yo también a ti. Biológicamente, nada nos diferencia. Somos hombre y mujer, simplemente. Pero en otras cosas, hay milenios de diferencia.

—Puedo quedarme ahora, negarme o regresar… —insinué.

—No. Eso no puedes hacerlo, y lo sabes —sus ojos casi me miraron con reproche—. Sois nueve astronautas ocupantes de ese vehículo, y nueve tenéis que regresar, porque cada uno tiene una misión, y la ausencia de uno solo podría poner en peligro la vida de los demás y el éxito del retorno.

A veces, era asombrosa la forma en que razonaba Zirga, la muchacha de Nova. La escuchaba embelesado, cada vez menos dispuesto a perderla para siempre, a vivir hasta el fin de mis días a cientos de millones de millas, a años de distancia por el espacio incluso a nuestra actual supervelocidad fotónica, evocando sólo su imagen imposible, inalcanzable.

—Tienes razón —acepté lentamente, inclinando la cabeza—. Me avergüenza mi falta de responsabilidad, Zirga. Volveré con ellos a mi mundo. Pero regresaré un Mía a Nova, insisto en ello.

—Está esa otra mujer, Ken. La de tu mundo… —me recordó ella.

Me sentí más avergonzado aún. Me lo decía sin reproche, sin amargura, sin una sombra de celos. Eran sentimientos que ella desconocía. Los novanos era gente simple, honesta, leal y generosa. Para ellos, no existía el rencor, el odio o la maldad.

—Sí —admití tragando saliva—. Está ella, Ingrid…

—Me dijiste que te casarás a tu regreso.

—Sí, eso es lo programado. Pero todo puede cambiarse antes de consumarlo. Aún estoy a tiempo.

—¿Por qué tendrías que hacerlo? A ella le causarías un gran dolor. Y tú no ganarías nada… Absolutamente nada, Ken, porque no podrás volver aquí. No te lo permitirán. Ni tú lo harás, si reflexionas un poco.

—Estoy decidido, Zirga —murmuré, rodeándola con mi brazo y atrayéndola hacia mi—. Volveré. Te lo prometo…

Ella me contempló largamente. Acercó su boca a la mía. Besé sus labios. Y ella respondió a mi beso. Sabía que tenía algo de mágico aquel contacto entre una mujer y un hombre separados por el espacio y el tiempo. Sus días, sus jornadas, sus espacios temporales eran tan diferentes a los nuestros… Unas fechas allí, podían ser años enteros de la Tierra. O al revés. Nova era un planeta extraño. El tiempo allí perdía su sentido. Yo sabía, por mi reloj-computador, que llevaba semanas viviendo entre los novanos. Sin embargo, parecía que sólo llevaba allí unas horas, un día todo lo más.

—Ken, si deseas que sea tuya, no necesitas hacerme promesas —musitó dulcemente—. Nadie aquí te reprochará nada, ni siquiera yo misma, si te marchas para no volver y yo un día tengo un hijo tuyo. Otro hombre será mi esposo y lo aceptará como propio. O seguiré soltera, y no sucederá nada. Tenemos otro concepto de la sociedad que vosotros, Ken. Y otro concepto del sexo… Soy tuya, lo sabes. Y yo… deseo que seas mío aunque sólo sea por un instante. Será un hermoso recuerdo para el futuro. El mejor de todos, amor mío…

Estuve a punto de ceder. Era tan tentadora su petición, su ofrecimiento limpio y generoso, sin intereses sinuosos…

Tal vez por ello mismo me negué. Con un poderoso esfuerzo de voluntad, aparté mis manos de su carne suave, fresca y desnuda bajo los velos tenues de su indumentaria habitual. Separé mi boca de la suya, para no ceder al fuego de mi pasión.

—No —dije roncamente—. Eso no, Zirga. Prefiero recordarte así. Bastará para mí.

—Tal vez también para mí —me sonrió con dulzura—. Sé cómo sois los hombres de la Tierra, lo he aprendido en vuestras grabaciones magnéticas, en esos televisores que nos mostrasteis y de los que sólo conservaremos uno, para recordar vuestra civilización y evitarla cuidadosamente. Sé que el deseo es mayor que vuestra voluntad. Pero tú quieres ser honesto conmigo, y eso te honra. Te recordaré mientras viva, Ken. Te recordaré hasta el último día de mi existencia, aun que ame a otro hombre en el futuro y una mi vida a la suya. Te lo prometo, amor…

—Yo te digo igual —musité—. Por eso tengo que volver, Zirga. Tengo que volver a Nova...

—Ese es tu deseo, Ken —murmuró—. Veremos en el porvenir cuál es el de Dios...



Un día de Nova, bajo su luz solar, intensamente rojiza y calurosa, despedidos por sus sencillos y sabios habitantes, nuestro poderoso cohete espacial despegó de su superficie, entre el bramido ensordecedor de sus reacciones.

Despegamos hacia el cielo infinito, con una última mirada a la corteza planetaria que se distanciaba a nuestros pies a velocidades de vértigo, entre densas nubes de humo y el llamear de las poderosas turbinas fotónicas.

Creí ver fugazmente entre la multitud la cabellera azul de Zirga, su rostro pálido y hermoso, su profunda mirada de ámbar, su último gesto de despedida hacia el hombre a quien no esperaba ver más.

Luego, recuerdo que me quedé en mi asiento, sujeto por las correas de seguridad para el despegue, sumergido en mis pensamientos, evocando la imagen de ella casi con desesperación.

Alguien, de entre mis compañeros, me apretó con fuerza el hombro, con su mano enguantada de tejido metálico, y me consoló en vano:

—Animo, Darrell Tú volverás a Nova, estoy seguro. Esa chica lo merece.

—Claro —afirmó otro de mis camaradas con tono de buen humor—. Yo que tú me hubiera quedado, sin más. Estoy seguro de que al «viejo» le costaría bastante venir a ordenarte el regreso personalmente...

Todos rieron la broma. El «viejo», el comandante Biddle, era nuestro jefe de personal en la Tierra. Imaginarlo en Nova, buscándome para echarme una bronca, era algo grotesco e hilarante, sin duda. Pero yo ni siquiera sonreí.

Abajo, en la distancia, Nova era ya solamente una pequeña forma esférica, color púrpura claro, que se iba distanciando en el cielo, ahora totalmente negro, bajo el resplandor radiante de la nebulosa que le había dado nombre al planeta Karz en nuestra propia lengua.

—Adiós, Nova —dijo uno de mis compañeros, agitando su brazo hacia la imagen que del planeta nos daba en la pantalla el monitor de a bordo—. Hasta nunca, amigos... Ojalá sigáis siempre con esa hermosa y dulce paz.

Yo no dije adiós. Aun sabiendo que estaba soñando un

imposible, me limité a susurrar, con lágrimas en los ojos, apretando los dientes hasta hacerme daño:

—Hasta pronto, Nova... Volveré. Te lo juro.

Mucho después, llegábamos de regreso a la Tierra con nuestros minerales y vegetales de Nova, filmaciones y datos que llenaron de asombro a nuestros científicos y el público en general, al entrar en conocimiento de que a tal distancia de nuestro Sistema Solar existía no sólo vida inteligente, sino una vida humana absolutamente igual a la nuestra, cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos. Como el nuestro, en realidad.

Allí supimos, una vez más, lo relativo que podía ser el tiempo para unos y otros mundos, para unos y otros lugares del Cosmos.

Lo que para nosotros había sido una permanencia de cinco semanas en Nova, más diez meses de viaje entre ida y vuelta, según nuestros calendarios electrónicos de a bordo, en el planeta Tierra habían transcurrido nada menos que tres largos años...

Tres años con una mujer, Ingrid, esperándome para ser mi esposa.

El éxito de nuestra expedición animó a los Estados Unidos y a la Agencia Internacional del Espacio. La expedición Tierra-Dos, prevista para un viaje distinto, fue enviada solamente dos meses más tarde rumbo al paraje espacial donde se hallaba Nova, en las proximidades de Alfa Centauro que, pese a sus más de cuatro años luz de distancia de nuestro planeta, habíamos alcanzado con el Tierra-Dos y su fantástica velocidad superlumínica, en tan sólo año y medio terrestre para ir, y otro tanto para volver.

En esa expedición partía como un miembro más el geólogo especializado en investigación geoespacial, Adam Landers, uno de mis mejores camaradas y más viejo amigo. Le entregué una carta para Zirga, que él me prometió entregarle a su llegada.

Con la ilusión esperanzada de una respuesta por parte de ella, que algún día podría recibir de manos de Adam, me quedé en la Tierra, esperando su retorno.



No sólo no se me autorizaba a formar parte de una futura expedición a Nova, sino que ni siquiera sabía la suerte de Landers y los demás. Mi amigo Adam había desaparecido misteriosamente en el espacio, junto con el Tierra-Dos y el resto de la tripulación.

Mi carta, quizás, nunca llegaría a manos de Zirga. Su respuesta, no existiría tampoco para mí.

Y, lo que era peor, yo jamás regresaría a Nova.
Jamás...

CAPITULO III

—¿Jamás? Eres muy pesimista, Ken...

—¿Pesimista? —repetí con asombro—. ¿Qué otra cosa puede ser, profesor? Aquí me tiene ahora. Rotundamente rechazado como componente de una futura expedición que, aun así y todo, podría tardar veinte años o más en salir hacia Nova.

—Habitualmente, ningún astronauta que haya sido enviado a tan remotos confines en una nave superlumínica, es adscrito a otra tripulación con parecida misión. Y eso, tú lo sabes, Ken —me recordó gravemente el profesor Waxman con expresión meditativa, fumando cachazudo en vieja pipa quemada por los bordes—. Lo sabes muy bien, ¿no?

—Claro, profesor —admití de mala gana—. Después de un viaje así, lo normal es ser incluido en simples expediciones a la luna o a otros lugares cercanos, en misiones rutinarias y sin peligro. Cuestión de no arriesgar a los hombres a posibles psicosis o traumas producidos por el espacio exterior en largar singladuras, según dicen.

—Y es verdad, Ken. No tienes virtualmente ninguna posibilidad de que te incluyan en el nuevo viaje a Nova, ni tan siquiera en cuarenta años.

—¿Y es usted quien me acusa de pesimista? —me quejé amargado—. Dentro de cuarenta años, yo seré un anciano, aunque allá, en su mundo, Zirga no lo sea, a causa de la diferencia del concepto Tiempo en nuestros dos mundos. Pero no es esa hipotética vida prolongada lo que me seduce, sino vivirla a su lado. ¿De qué serviría que yo llegase un día a Nova, canoso y envejecido, achacoso y con una corta vida por delante? Eso, suponiendo que ella no tuviera ya un nuevo amor, un hombre al que se hubiera unido, mediante los ritos de su propia religión, creando una familia.

—Mi querido Ken, tú y yo somos buenos amigos, y siempre he elogiado tu modo de ser, tu honradez para con los demás y tu gran voluntad para conseguir lo que deseas. ¿Vas a renunciar esta vez a la lucha por esa posibilidad remota que se te ofrece?

—No, profesor —negué, rotundo—. Pienso luchar hasta el último recurso. Haré lo que sea con tal de intentarlo. Incluso he pensado en... en robar una nave espacial y partir solo hacia Nova...

—¡Qué locura! —se escandalizó el profesor Luther Waxman, agitando sus brazos—. ¿Cuál sería tu destino, solo a bordo de una

nave superlumínica? Perecerías en el intento, estoy seguro. Nadie puede viajar solo a tales distancias. Hace falta personal para mantener los sistemas de propulsión siempre a punto, para controlar el peligrosísimo factor que supone la distorsión física al pasar la barrera de la luz... y tantas otras cosas que tú conoces tan bien como yo. Así nunca llegarías a ninguna parte, Ken.

—Lo sé —confesó desolado—. Por eso ni siquiera sueño con tal locura. La aparté en seguida de mi mente.

—Bien hecho, muchacho —me puso una mano en el hombro, paternalmente—. ¿De verdad significa tanto para ti llegar un día a Nova?

Le miré, sorprendido por su tono de voz. Afirmé, enfático:

—Por supuesto, profesor. Sería mi suprema felicidad.

—¿Estás seguro de eso? —dudó él.

—Claro. ¿No se lo he dicho ya? Añoro aquella forma de vida, aquel mundo, aquella gente... Y, sobre todo, no puedo olvidar a Zirga. La amo, profesor. La amo locamente. Por ella, aun siendo un imposible para mí, he renunciado a mi boda inmediata, he tenido que darle a mi prometida el dolor de romper nuestro compromiso...

—Sí, veo que todo es muy fuerte. Pero a veces eso no garantiza que seas feliz si un día llegas a tu anhelado destino. Entonces podría fallar algo... y tú no tendrías opción. Ya no podrías regresar a tu mundo, porque aquí el tiempo hubiera transcurrido de otro modo, y las personas a quienes dejases serían ancianos decrépitos... o simples cadáveres.

—No, profesor. Sé que, si vuelvo allí, todo será como imagino. Sería feliz. Totalmente feliz... Pero ¿para qué hablar de eso? —me encogí de hombros con amargura—. Estamos hablando de un imposible. De algo que nunca podré conseguir...

El profesor Waxman paseó por la estancia con aire meditativo, se detuvo ante el gran ventanal de nuestra sala de trabajo en el Centro de Cosmología del complejo científico de la Agencia Internacional del Espacio, y dijo lentamente, sin volver la cabeza, sin mirarme siquiera:ˆ

—Imposible, no. Improbable, tal vez. Yo... Yo, muchacho... podría hacerte volver a Nova.

* * *

El laboratorio personal del profesor Luther Waxman era un verdadero caos de artilugios, complejos electrónicos, mecanismos misteriosos, planos, apuntes, ecuaciones en las pizarras, máquinas zumbando insistentemente sin reposo, pantallas de monitores, grabaciones de video con viajes cósmicos, microscopios electrónicos,

un potente telescopio asomado a su cúpula, y una pantalla poderosa de captación de ondas cósmicas.

Sentirse allí perdido y mareado era lo más normal. Yo lo estaba ahora por un doble motivo. Aún no había salido de mi asombro, cuando me encontré inmerso en aquel caótico ambiente de investigación científica donde Luther Waxman se movía como pez en el agua, buceando en sus especialidades de investigador, como eran la biología, la biocibernética, y los problemas de la energía y de la materia.

—Volver a Nova... —repetí por enésima vez—. Por el amor de Dios, profesor, no se burle de mí. Es demasiado cruel. Supongo que bromeaba al hablar así, ¿no es cierto?

Siguió sin responderme. Había cerrado la puerta tras de sí, y estaba removiendo una serie de papeles desparramados por sus mesas de trabajo, todos ellos repletos de complicadísimas ecuaciones y cálculos imposibles de descifrar.

—Tiene que estar por aquí... —gruñía entre dientes, mordiendo la boquilla de su vieja pipa nerviosamente—. Lo puse por aquí, estoy seguro... Diablos, ¿pero dónde se ha metido ese maldito papelajo?

Yo no entendía absolutamente nada. Primero había sentido un leve resquicio de esperanza, que pronto se difuminó al ver la actitud desorientada y torpe del profesor Waxman, en busca simplemente de un papel. ¡Un papel, cuando yo necesitaba una nave superlumínica, una tripulación numerosa y todos los medios de la Agencia Internacional del Espacio para llegar a mi soñado destino!

—Profesor, no se moleste —protesté—. Deje de buscar. Ya hablaremos otro día...

—¿Conque esas tenemos, eh, jovencito? —refunfuñó entre dientes, sin dejar de remover más y más hojas de papel—. Tu escepticismo hacia mí es tan grande, que me tomas por el clásico sabio chiflado de las historietas antiguas, ¿no? Diablos, debería dejarte con tus problemas y no preocuparme más de ti, para que escarmentaras y... ¡Ah, aquí está, por fin!

Su grito tuvo mucho de triunfal. Para mi desaliento, extrajo de entre una nube de hojas revoloteando, una llena de cifras, signos y ecuaciones hasta por sus bordes, y la agitó con aire de victoria, como quien alcanza un triunfo indescriptible.

Yo lo miré con desaliento. No pude ser amable con él:

—¿Qué es eso. profesor? ¿Qué significa ese papel?

—Este papel, mi joven amigo, tiene la solución a todos tus problemas —sentenció él con gesto risueño, enarbolándolo ante mi cara.

—Oh, no... —gemí—. Profesor, usted busca un papel lleno de cálculos, cuando yo necesito más, muchísimo más para alcanzar mi

objetivo. ¿De qué me sirven sus ecuaciones y sus cifras cuando hace falta mucho más para arrancarme de este maldito suelo al que estoy pegado, y poder volar como los ángeles?

—Hombre de poca fe —se lamentó él, mirándome con aire de conmiseración—. ¿Así consideras a tu buen amigo Luther Waxman, después de todo?

—Profesor, no se ofenda. Sabe que le aprecio sinceramente, pero usted me puso la miel en los labios para después quitármela bruscamente. Imaginé que había sido capaz de conseguir una forma de navegar por el espacio en solitario, una nave monoplaza de fantásticas posibilidades… o algo parecido. Y ahí solamente tiene un papel.

—Un papel, sí —me golpeó con él, una vez enrollado, en el hombro. Su golpeteo era a la vez afectuoso y reprobador—. Un papel, amigo Ken, que puede llevarte a las estrellas, al lugar donde desees. Sólo hace falta conseguir fondos. Fondos para construir algo. No demasiado costoso, pero sí de difícil fabricación si no contamos con ayuda oficial.

—¿A qué se refiere? —pregunté, todavía escéptico.

—A algo infinitamente mejor que una nave para un hombre solo, capaz de viajar a velocidad superior a la luz para salvar esos cuatro largos años luz que te separan de Alfa Centauro y sus vecindades. Una nave de ese calibre costaría miles de millones de dólares, muchacho. Una cantidad que yo nunca podría obtener de nadie.

—¿Qué puede haber que sea mejor que una nave para llegar a Nova? —protesté.

—Que tú mismo llegues a Nova… sin nave alguna. En el acto —dijo sorprendentemente.

Me quedé mirándole estupefacto. El sonreía, repasando sus apuntes con aire triunfal, sin hacerme caso. Le pregunté, tratando de salir de mi asombro:

—¿En el acto? ¿Sin nave alguna? ¡Eso es imposible!

—Ahora, sí —admitió él con un profundo suspiro—. Pero puede ser posible en sólo unos meses. Depende del dinero…

—¿Qué dinero?

—El necesario para construir un ingenio.

—¿Cuánto dinero, exactamente?

—Pongamos… un millón.

—¿Un millón de dólares? —moví la cabeza—. Es mucho. Pero podría conseguirse, sobre todo si usted lo solicita para una investigación especial. Yo mismo tengo amigos banqueros. Si ven algo rentable, lo concederán como un crédito para la investigación espacial.

—No sé si sería rentable para lo que un banquero tiene como tal —dudó Luther meneando la cabeza—. Pero yo diría que, perfeccionándolo después, podría reportar a una entidad financiera que lo apadrinase, unos beneficios netos del veinte mil por ciento en pocos años.

—¡Cielos, si eso fuese cierto cualquier banquero lo financiaría en el acto! —murmuré, asombrado.

—Lo malo es que, de momento, en su primera fase, no reportará beneficio alguno a nadie, amigo Ken —resopló el profesor—. Y sin embargo, tú sólo lo necesitarías en su primera fase, imagino.

—Profesor, ¿cómo puedo responderle, si ni siquiera sé de qué me habla? ¿Qué es, exactamente, lo que usted cree haber inventado que podría permitirme regresar a Nova?

—Muy sencillo —sonrió el científico amablemente, mostrándome el papel—. Estos cálculos son exactos. No hay ni un posible error en ellos. Aplicados a la construcción de un determinado ingenio, éste puede convertir la materia en energía, proyectarla de ese modo a distancia, a cualquier distancia, y volver a materializar allí esa energía, con sus átomos y moléculas originales exactamente iguales, en un punto matemáticamente señalado de forma previa.

—¡Dios mío! —gemí, sin aliento—. ¿Quiere decir que podría... *proyectarme* en el espacio, convertido mi cuerpo en energía, para materializarme de nuevo, tal como soy, en el propio planeta Nova?

—Exacto, amigo mío. Eso es lo que quería decirte desde el principio —asintió gravemente—. Hay un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que resulte el experimento. Pero ten en cuenta algo, antes de dar una respuesta.

—¿Qué, profesor?

—En su primera fase, mi mecanismo sólo proyecta una vez a un punto determinado... sin posibilidad de retorno. Y menos donde no pueda existir otro mecanismo igual para la operación inversa, aunque el cuerpo humano no resistiría dos proyecciones en ningún caso, si mis cálculos son exactos. Esto podrá servir, por ejemplo, para traslado de materias, de mercancías y de objetos pesados, sin necesidad de transporte mecánico. De ahí su futura eficacia comercial. Pero en tu caso, amigo mío... tendrás que pensártelo muy bien. Porque el tuyo será un viaje sin retorno posible. Si vas a Nova... jamás volverás de allí, a menos que una nave te recogiera de regreso.

Me quedé mirándole, entre absorto y todavía incrédulo. Pero repentinamente esperanzado ahora.

—No tiene que preguntarme nada de eso, profesor —dije roncamente—. Acepto. Si usted logra construir su máquina... iré a

Nova. Está decidido.

* * *

Fueron unos meses de angustiosa espera.

Al profesor Waxman le costó algún tiempo persuadir a un grupo de banqueros de las excelencias de su invento. Algunos de ellos objetaban que las grandes empresas de transportes iban a boicotear en lo posible la creación del ingenio, retirando sus fondos de las entidades financieras del proyecto. Otros, dudaban de que fuese una realidad inmediata el hallazgo científico del profesor.

Finalmente, un grupo bancario aceptó la financiación del programa, gracias al prestigio que el profesor tenía mundial- mente como investigador biocibernético, y como experto en materia y energía.

A partir de ahí, comenzó la tarea agotadora de Luther Waxman y un grupo de colaboradores, encerrados en un laboratorio especial, adonde estaba prohibido el acceso a toda persona ajena al proyecto. Yo mismo ignoré, durante más de dos largos y angustiosos meses, la marcha de los trabajos, pese a mis insistentes empeños en pasar el muro hermético que rodeaba la labor de mi viejo amigo. Ni siquiera las pruebas rutinarias de astronáutica, y la posibilidad de formar parte de una expedición a Venus, señalada para seis meses más tarde, lograron romper mi tensión y mi impaciencia.

Por fin, un día, recibí un telex en las oficinas de control. Procedía directamente de los laboratorios del profesor Waxman. Era muy breve:

«RUEGO ME VISITES ESTA NOCHE. VEN PREPARADO. SALUDOS. LUTHER.»

«Ven preparado». Esa frase hizo palpitar violentamente mi corazón. ¿Preparado… para qué?

La posible respuesta a ese interrogante me llenaba de excitación. Temblaban mis manos cuando me vestí esa noche con un traje aparentemente normal, pero con una indumentaria espacial ligera bajo el mismo. Llené mis bolsillos de objetos necesarios para un viaje lejos de la Tierra. Cosas de las que no quería prescindir en mi remoto destino, si alguna vez lo alcanzaba.

Luego llené una pequeña mochila de plástico con otros útiles, y deseché aquellos que podían significar una alta tecnología en el planeta Nova. Entre ellos, un monitor de TV con grabaciones de video, aunque no un emisor-receptor de radio alimentado por batería solar, y un diminuto televisor del tamaño de un cronómetro,

dotado de una serie de elementos sumamente útiles en cualquier expedición a tierras desconocidas.

Después de todo, recordaba que era muy poco lo que yo conocía de Nova, que sólo había visto las pequeñas poblaciones, campos y ríos situados en su hemisferio septentrional, pero no conocía nada de sus mares y de las tierras situadas en el hemisferio sur, salvo las descripciones de Zirga y algunos novanos, sobre tierras pantanosas y húmedos bosques inextricables, junto a páramos y tierras desoladas.

Una vida entera en Nova, podía precisar de muchas cosas, sobre todo siendo de batería solar, fácilmente recargable con la energía del rojo sol de aquel sistema.

Tal vez estaba soñando demasiado pronto con un imposible. Mi escepticismo sobre la máquina de traslado de materia, creada por el profesor Waxman, seguía siendo muy grande todavía. Pero la esperanza me animaba y, al salir de mi vivienda, la miré como se mira por última vez un lugar, esperando no verlo nunca más.

—Adiós —murmuré—. Si hay suerte… adiós, pequeño mundo mío. Hasta nunca.

Cerré la puerta. Tal vez ese simple gesto era como cerrar una etapa de mi vida. Y del propio ser humano. Si todo salía bien, sería el primer hombre que iniciaría una nueva vida en otro planeta remoto.

Cuando el profesor me abrió la puerta de su nuevo laboratorio, estaba totalmente solo, sin ayudantes siquiera. Cerró apenas hube entrado, me estrechó la mano con calor, reflejando cansancio en su rostro enflaquecido y ojeroso, y manifestó con voz firme:

—Adelante, muchacho. Llegó el gran momento.

—Pero… ¿de veras es ya posible… viajar? —pregunté, indeciso.

—¿Lo dudas? —me miró con aire ofendido—. No iba a llamarte sin estar seguro, Ken. La máquina está terminada. Mañana la examinarán sus financieros. Pero antes, va a funcionar una vez más. Una sola. La última prueba secreta. ¿Sigues dispuesto?

—Sí —afirmé, algo receloso—. Pero cabe la posibilidad del fracaso, ¿no?

—Cabe esa posibilidad —admitió—. Te lo dije desde el principio. Una entre cien. Pero a veces sale, aunque sólo sea una. Si fuese así, no sentirías dolor alguno. No sentirías nada. Simplemente, te quedarías perdido en el espacio, disperso, convertido en unos cuantos millones de átomos separados entre sí, flotando en la nada. Eso sería todo.

—Estoy dispuesto —afirmé—. Debo correr ese mínimo riesgo.

—De acuerdo. Yo sabré si ha tenido éxito gracias a una esfera de la máquina que debe iluminarse en verde cuando llegues a tu destino y recuperes tu forma original. Si se ilumina en rojo, sabré

que todo ha fallado.

—Adelante. No se reproche nada, profesor. Le doy las gracias por esta oportunidad. Si sale bien, nunca olvidaré su gesto, su ayuda. Si no... que Dios me perdone por todo. Pero usted no tendrá nada de qué culparse.

—Gracias, amigo —me apretó el hombro con calor y simpatía —. Vamos, no perdamos tiempo. La noche es tranquila, serena. El clima ideal. Eso puede ayudar a la partida inicial de la materia transfigurada.

Corrió una cortina. Vi la asombrosa máquina. No era demasiado grande ni espectacular. Una especie de antigua cabina telefónica con paneles de vidrio metalizado, una plataforma de metal bruñido en el centro del suelo y unos tubos proyectados desde el techo hacia abajo. En el exterior, un cuadro de mandos con un teclado de diversos colores, unas esferas graduadas, una pequeña pantalla catódica, y dos esferas con luces de distinto color cada una: roja y verde. Me estremecí.

Yo nunca me enteraría de ello. Pero cuando Luther Waxman viese encenderse una u otra de aquellas luces, todo habría terminado. Para bien, o para mal.

—Sitúate en pie, justo en medio de ese círculo de metal, sin salir de él tus pies lo más mínimo. Sitúa tu equipaje entre tus piernas, y no te muevas, ocurra lo que ocurra. Eso será todo. ¿Dispuesto, muchacho?

—Dispuesto, profesor —afirmé, sereno.

—Entonces... adelante —me abrazó, afectuoso—. Adiós, hijo. Feliz viaje. Y hasta nunca, ocurra lo que ocurra.

—Hasta nunca, profesor —dije, conmovido—. Y gracias una vez más...Nos separamos. Entré en la cabina. Me situé como él indicaba. Cerró la puerta y quedé aprisionado en ella. El pulsó los botones allá fuera. Los tubos sobre mi cabeza proyectaron una repentina luz cegadora. Cerré los ojos, apretando los labios con fuerza. Creo que recé en ese momento, no estoy seguro.

La luz creció en intensidad. Aquello parecía un horno incandescente. Sentí el sudor brotando por todos mis poros. Pero no me moví, no respiré siquiera. Un zumbido empezó a sonar, haciendo vibrar las paredes de material vidrioso. Creció también ese zumbido, sentí daño en mis oídos...

Luego, de repente, noté como un terrible desgarro. Mi cuerpo pareció reventar, pero sin dolor. Sonidos, luz, calor... Todo dejó de existir para mí.

De repente, todo fue negro y vacío para mí. Incluso yo mismo. No pensaba, no sentía, no existía.

Yo no podía saberlo pero fuera, al otro lado de las vidrieras de

la misteriosa máquina, el profesor Waxman contemplaba en el monitor de televisión el rápido desfile de cifras, colores, ecuaciones y ondulaciones de luz, con la faz tensa, rígida, muy pálida.

Las coordenadas que situaban exactamente al planeta Nova y su hemisferio norte en el Universo se dibujaron en esa pantalla, confluyeron matemáticamente, marcando un punto luminoso: mi destino.

Luego, una de las esferas comenzó a mostrar los giros veloces de una aguja. El zumbido cesó en el laboratorio. La luz de la máquina se extinguió.

El profesor clavó sus ojos en las dos esferas situadas sobre el monitor. Esperó, tenso, sin respirar.

Se encendió una luz.

Era roja.

—Dios mío, gracias... —resopló Luther Whaxman, cayendo anonadado en una silla—. Y tú, amigo Ken Darrell..., bien venido a Nova.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Había resultado.

Ya estaba allí. En el mundo que tanto había deseado. Había llegado a Nova.

—Dios mío... —fue lo primero que murmuré, al recobrar mi forma original y verme en pie, bajo las siete resplandecientes lunas que brillaban en el cielo púrpura—. Ha resultado... ¡Ha resultado! El profesor tenía razón. Al fin pude regresar a Nova, al lugar que tanto ansiaba, que tan lejos estaba de mí... Gracias, Señor, gracias...

Y caí de rodillas, besando aquel suelo querido, y dando gracias también por el hecho de que el experimento no hubiera fracasado, de que mi cuerpo hubiese vuelto a la normalidad, a casi cinco años luz del planeta Tierra, bajo la sombrilla luminosa de las nebulosas de Alfa Centauro...

Todo había funcionado. Absolutamente todo. Las coordenadas que obtuvo el profesor de los datos computados de mi viaje espacial, la situación exacta de mi destino en el mapa universal, la máquina transportadora de materia convertida en energía, a través del espacio infinito, casi a través de lo imposible.

Contemplé aquella tierra de matiz purpúreo suave que hollaban

mis pies. La toqué con mis manos, dejé resbalar entre los dedos el suave polvillo arenado, de tono dorado rojizo. Era Nova. No podía existir otro mundo igual en todas las galaxias.

Y yo estaba en él. Había regresado.

Me incorporé lentamente. Miré en torno mío, tratando de averiguar el punto exacto del planeta en que me encontraba. Unos perfiles conocidos se dibujaban a poca distancia mía, recortándose contra el cielo tachonado de estrellas centelleantes y con las siete lunas formando un bellísimo arco luminoso en la bóveda celeste.

La ciudad. Era la población novana que yo conocía tan perfectamente. Un ka la llamaban ellos. Estaba en los límites urbanos de Unka, precisamente. Más exactitud, más precisión matemática en el traslado de mis átomos y moléculas desde la lejana Tierra, era imposible. Bendije mentalmente al buen profesor Luther Waxman, y avancé hacia los oscuros edificios.

Oscuros... Eso me hizo reflexionar, sorprendido.

Que yo recordara, nunca habían estado oscuros. La luz brillaba en sus fachadas durante las noches de Nova. La iluminación de sus calles, mediante una energía debidamente encauzada y aplicada a su simple pero eficaz sistema eléctrico, daba claridad a sus vías urbanas, a sus edificios, agrupados en pequeñas urbes rodeadas de la vegetación de sus grandes cultivos agrícolas.

De repente, creí recordar algo. Giré la cabeza. Contemplé los campos donde yo me había materializado poco antes. Incrédulo, descubrí lo que antes no había advertido de modo consciente, pero que existía y que mi inconsciente me había señalado ahora.

No había ningún campo de cultivo. Nada. Sólo desierto, matorrales dispersos y lo que parecía residuo de aquellos hermosos terrenos dedicados a la agricultura: ramajes, hojarasca, tallos y ramas abatidos hasta secarse y agotarse definitivamente.

—Pero ¿qué ha sucedido aquí? —exclamé, asombrado, lleno de incredulidad.

Yo sabía por boca de la propia Zirga que sus cultivos eran primordiales para la vida de Nova. Los habían cuidado durante siglos. La tierra era su principal productor de alimentos, y ningún novano descuidaría jamás su propio huerto.

Sin embargo, del anterior esplendor vegetal, no quedaba nada.

Volví mis ojos a la pequeña ciudad. Su oscuridad, sin saber por qué, me inquietaba. Era una sensación profunda e indefinible. Algo así como un sentimiento muy parecido al miedo.

—Todo oscuro... Los campos yermos... —musité, hablando conmigo mismo—. ¿Qué es lo que ocurre? Esto ni siquiera parece ser el mismo mundo que yo conocí...

Avancé hacia las silenciosas edificaciones, esperando hallar

entre ellas la respuesta a mis interrogantes. Tal vez todo se debía a una plaga vegetal, pensé y las gentes de Unka, la ciudad de Zirga, pasaban por momentos difíciles. Tenía que ser eso, un simple accidente. Algo que momentáneamente habría arruinado sus cosechas. En la Tierra también existían plagas así, pensé algo más tranquilo. Pero la oscuridad profunda e insoportable de la población seguía siendo un misterio para mí.

Llegué a los límites mismos de la población. Una ráfaga de aire, el seco y cálido aire de Nova, barrió el polvillo arenoso entre mis pies. Y algo más, que revoloteó entre mis piernas. Miré, inclinándome a recogerlo.

Era un jirón de tela. Parecía desgarrada por algo, y tenía la textura y suave transparencia de las ropas femeninas de las mujeres de Nova. Pensativo, avancé más. La oscuridad seguía siendo profunda en la pequeña ciudad. Solamente donde el claro de las lunas llegaba nítido, era posible ver a su resplandor el vacío desolado de las calles, y el silencio y oscuridad sorprendentes de todos los edificios.

De pronto, algo que brillaba blanquecino en una esquina, atrajo mi atención. Caminé hacia allí. Al estar más próximo, me detuve horrorizado.

—¡Oh, no, no es posible! —se me escapó una imprecación, sorda, angustiada.

Pero sí. Era posible. Cuando me incliné sobre ello y lo examiné no cabía duda alguna ya sobre su espantosa naturaleza: era un cráneo humano.

Totalmente descarnado, vacías sus cuencas, al aire su horrenda sonrisa sin labios, desprovisto de cuerpo. Una cabeza separada del tronco, abandonada en plena calle...

Alucinado, me dije que en todo aquello tenía que haber un error, que posiblemente, aunque lo pareciese, esto no era Nova, sino un planeta gemelo, idéntico, aunque sumido en un horror inexplicable.

Seguí adelante. Me tambaleaba, más por mi torpeza al andar, por mi aturdimiento, que por el peso de mi mochila cíe material plástico, colgada de mis hombros desde el momento mismo en que llegué a mi destino.

No. No podía haber error. Llegué a la plaza principal de Unka. Contemplé un edificio ajardinado que me era familiar: la casa de Zirga...

El jardín era un desolado paraje de hierbajos silvestres y de hojarasca seca, de flores marchitas y quemadas. El aire ya no estaba embalsamado con el perfume de las plantas. Hubiese jurado, incluso, que el aire de Nova olía a muerte, a horror.

Cuando me aproximé a la casa de Zirga, bordeando la fuente ovalada del centro de la plaza, un nuevo espanto detuvo mis pasos. Esta vez no pude reprimir un alarido de angustia suprema, realmente de pánico ante la alucinante visión que mis ojos podían contemplar dentro de aquella fuente, ahora seca.

En vez de agua, el pilón oval contenía una pila de cadáveres en estado avanzado de putrefacción, apilados unos sobre otros, en escalofriante montón. No, el hedor a muerte de la pequeña ciudad agrícola de Nova, no era solamente aprensión mía. Existía realmente. Y provenía de aquella masa hedionda de seres humanos, los mismos seres humanos de sonrisa amable, alma limpia y expresión cordial que yo conociera en mi anterior viaje a Nova.

Hombres y mujeres, niños y ancianos, con sus greñas flotando al aire de la noche, con sus cuerpos y rostros devorados a medias por la corrupción y por alguna otra cosa inimaginable, que hacía jirones sus ropas y formaba dentelladas profundas en sus carnes ya tumefactas, era cuanto me era dado ver allí, como muestra suprema del horror desencadenado inexplicablemente sobre el idílico planeta.

—Pero Dios, ¿qué ocurre aquí, qué pudo provocar *eso*? —gemí, estremecido, sintiendo flaquear no sólo mis piernas, sino también mi mente.

Como una respuesta a mis incertidumbres e interrogantes, algo se removió entre la basura humana hacinada en el pilón de piedra. *Algo* vivo, reptante, que de pronto brilló de forma amagada, amarillenta, a la luz de las lunas de Nova.

Era... era un gusano.

El gusano más grande y repugnante que me había sido dado ver jamás. Emergía de entre los cadáveres, haciendo chascar unas mandíbulas poderosas. Tendría al menos tres yardas de longitud, el grosor de un tubo de cañería, y una cabeza achatada, repulsiva, de ojos ciegos y boca dentada y larga. Todavía me fue dado ver, con especial repulsión y náusea, restos de carne putrefacta entre sus incisivos, antes de que la monstruosa forma la engullese con un chasquido escalofriante.

Pero el gusano no estaba solo entre la pila de muertos. Otras formas semejantes comenzaban a brotar entre ellos, quizá alertadas por la presencia de un ser vivo. Lentamente, la masa de cadáveres empezaba a amarillear con el surgimiento paulatino pero inexorable de aquellas criaturas del infierno, devoradoras de lo que la putrefacción estaba ya convirtiendo en masa atroz.

Retrocedí, alarmado. Los gusanos empezaban a rebasar los bordes del pilón, y pensé que si me atacaban, mi única posibilidad estaba en la fuga. Caer bajo el azote de aquella masa de orugas voraces me causaba un terror sin límites. Retrocedí, pero tropecé en una piedra de la plaza y caí de espaldas con una imprecación de ira.

Entonces supe que el peligro no estaba solamente en los gusanos gigantes de la fuente, sino en todas partes. Mi mano, al apoyarse en tierra, tocó una forma blanda, alargada y viscosa que me hizo estremecer. Con ojos desorbitados, vi que más de un centenar de aquella especie voraz me rodeaba, surgiendo de todas las esquinas para confluir en donde yo estaba. Tal vez el olor a carne fresca, a ser viviente, atraía aún más su maligna voracidad.

Sin vacilar, llevado por el horror y el asco, golpeé con un violento mazazo de mi puño la cabeza de la oruga que acababa de tocar. Para mayor repugnancia mía, pero también para cierto alivio íntimo, la cabeza del gusano reventó como si fuese de gelatina, dispersándose bajo mis dedos de forma repugnante, mientras el resto del cuerpo del animal descargaba violentos coletazos antes de quedar inmóvil.

Me levanté de un salto, limpiándome en el muro de un edificio la mano mojada de aquella sustancia repulsiva, dominé mis náuseas, que cada vez eran mayores, y pateé sin contemplaciones aquella masa que iba formándose en torno mío, haciendo amarillear el pavimento de la pequeña urbe novana.

En un momento masacré a una veintena de monstruos reptantes, a costa de escalofríos de asco profundo. Pero como no podía seguir de ese modo, recordé que entre los útiles de mi mochila había incluido unas cápsulas explosivas de gelatina térmica, en previsión de su posible uso en Nova a beneficio de sus gentes, y abrí febrilmente la mochila, extrayendo la bolsa de cápsulas. Sin vacilación alguna, arrojé una de ellas a la fuente, retrocediendo rápido y cubriéndome los ojos.

Un centelleo cegador se produjo en el interior del pilón, y una potente explosión atronó el silencio escalofriante de la ciudad. Saltaron por los aires, hechos añicos, cadáveres y esqueletos, gusanos y tejidos, dispersos por la poderosa capacidad explosiva de la gelatina térmica al romperse su recipiente en el impacto. Esos recipientes tenían la virtud de quebrarse solamente al ser lanzados con fuerza contra un objetivo sólido, pero no podían quebrarse por fricción entre sí ni por una simple caída al suelo desde las manos de su poseedor.

Fragmentos de huesos, carne fétida y gusanos, llovieron en torno mío, mientras yo escapaba, pisoteando orugas, y éstas, al parecer asustadas por el sonido y la destrucción que yo acababa de provocar, corrían a ocultarse en zonas oscuras, reptando silenciosamente por las calles de la callada urbe. Corrí hacia los que fueran bellísimos jardines de la vivienda de Zirga, esperando encontrar allí algo que me sirviera de pista para llegar a la explicación de este macabro misterio. Pero, sobre todo, para saber

qué había sido de ella, de mi soñada y adorada mujer.

—¡Zirga, Zirga, oh, no! —sollocé, mientras me aproximaba a la cerca de su desolado jardín—. No puede haberte sucedido nada a ti... No es posible que todo este caos sangriento y horrible que te rodea haya podido terminar contigo. Zirga, Zirga, necesito dar contigo...

Cuando llegaba ya a la cerca, alargando mis manos desesperadamente en busca de una respuesta, una sombra planeó sobre mí. Fue como si, de repente, se nublara la luz de las siete lunas en un súbito eclipse.

Alcé la cabeza, alarmado. De nuevo un espasmo de pánico agitó mi cuerpo, y un nuevo terror me invadió con fuerza intensa. Tropecé, caí contra la cerca, me apoyé de espaldas en ella, contemplando aquellas sombras siniestras que parecían surgir del mismo infierno y revoloteaban sobre mí. Una serie de sordos, lúgubres graznidos, hirieron el silencio mortal de la ciudad.

Contemplé a aquellos pájaros dantescos, increíbles. Eran como murciélagos gigantescos, verdaderos vampiros del tamaño de un águila real. Sus alas se desplegaban, membranosas, negras, puntiagudas como las de las ciegas aves de la oscuridad en mi planeta.

Y descendían hacia mí.

Descubrí, bajo el reflejo lunar, sus ojos dilatados, redondos, vidriosos, su corvo pico y su plumaje negro. En eso no se parecían a los murciélagos. Sólo en la forma de las alas con membranas. En lo demás, recordaban con bastante mayor exactitud a un buitre o un grajo que a un vampiro terrestre.

Comprendí lo que eran: aves de rapiña de Nova. Como los gusanos gigantes, habían acudido al hedor de la muerte. Disputarían sin duda su presa a las orugas, en un duelo tan cruel como espantoso.

Contra semejantes criaturas estaba totalmente indefenso, pensé con angustia. Era muy difícil darles alcance con cápsulas de gelatina explosiva, tanto por su vuelo como por la fuerza que debía darse al lanzamiento para quebrar su envoltura y hacerlas eficaces. Su vuelo era rápido y se precipitaban sobre mí con celeridad. Descubrí sus garras, rematadas por corvas y afiladas uñas capaces de desgarrar mi carne en segundos. Comprendí que éste era mi final Y me dispuse, irremediablemente, a morir bajo el azote de aquellas aves voraces y poderosas...

* * *

De repente, sucedió algo.

En alguna parte, sonó una especie de voz humana, un bramido prolongado y lastimero. Despertó ecos dormidos en las calles desoladas de Unka.

Las aves reaccionaron extrañamente ante ese sonido. Las tres formas aladas y negras que se me venían encima aletearon inquietas, pareciendo husmear el aire. En vez de descender sobre mí, las vi remontar el vuelo, graznar violenta, agriamente, como disgustadas por algo.

Luego, inexplicablemente para mí, partieron como flechas, perdiéndose tras los edificios, en un vuelo potente y rápido. Sus oscuras formas demoníacas dejaron de velar la irisada luz de las siete lunas.

Jadeante, lívido sin duda, y sintiendo mi piel empapada por un sudor helado, me incorporé, preguntándome qué había sucedido para salvarme de aquel azote mortífero llegado de la noche. Por mucho que me esforcé, no me fue posible oír de nuevo aquel sonido parecido a una extraña voz humana. Ni siquiera estaba seguro de que fuese humano, tras haber visto su efecto demoledor en los monstruos alados.

Todo en Nova parecía ahora diametralmente distinto a lo que yo conociera. El paradisíaco planeta de Alfa Centauro se había convertido en un tétrico cementerio de seres humanos, poblado tan sólo por seres de pesadilla, por nauseabundos gusanos y por aves de rapiña de naturaleza desconocida.

Ni un ser humano viviente, ni una voz, ni un sonido familiar y esperanzados..

Empujé la puerta de la cerca, tras esperar en vano que apareciese alguien ante mi vista, alguna persona que justificara aquel sonido capaz de asustar a las aves de alas membranosas. Grité, tratando de llamar a alguien, y usé la lengua novana en lo poco que yo la conocía:

—¡Eeeeeeh! —voceé—. ¡Escuche, quienquiera que esté ahí! ¡Soy un amigo! ¡Necesito ver a alguien con vida, a alguien humano, o me volveré loco! ¡Soy un amigo! ¡Venga a mí quienquiera que esté por ahí! ¡Necesito ver a alguien! ¡Por favor, por favor...!

Nada. Silencio. Sólo ecos. Ecos que rebotaban en los muros oscuros y silenciosos, hasta perderse remedando huecas carcajadas de sarcasmo, de burla hacia mi desesperación.

Nadie respondió. Nadie apareció. Yo avancé, como alucinado, entre los hermosos macizos de flores convertidos ahora en matojos oscuros, quemados, entre los árboles de doradas hojas, que ahora sólo eran negros sarmientos sin vegetación...

La puerta de la vivienda de Zirga estaba abierta. Entré sin dificultades. Conocía la casa. Había estado en ella en diversas ocasiones, acogido por la hospitalidad de la hermosa muchacha.

Me causó escalofríos ver sus estancias en sombras, los muebles cubiertos de polvo, las telarañas cubriendo vajillas y cortinajes, los pequeños y escurridizos seres de la noche, pequeñas alimañas parecidas a parásitos terrestres, corriendo a ocultarse en la oscuridad al oír mis pisadas...

—¡Zirga! —llamé, sabiendo que mi voz era estéril, que nadie iba a responder a mi patética llamada—. ¡Zirga, amor mío! ¿Dónde estás? ¿Qué te ha sucedido? ¡Zirga, por el amor de Dios, he vuelto! ¡He vuelto y te necesito! ¡Zirga, vida de mi vida...!

Todo en vano. La voz de Zirga no me respondió. No vi su rostro hermoso y dulce, su cuerpo sensual y virginal, su cabello azul, sus grandes ojos de ámbar vivo... No capté el roce sutil de sus suaves pasos, el crujido tenue de sus leves telas de vestir, sobre las formas casi desnudas.

Allí no había nadie. La oscuridad, el silencio, acaso la misma muerte, eran los únicos ocupantes de la que fuera una hermosa y acogedora mansión de llena vida.

—Dios mío... —sollocé, sintiendo correr las lágrimas por mi rostro—. Dios mío...

Caí de rodillas en el suelo polvoriento. No me avergonzaba llorar, porque estaba a solas con mi dolor y mi desesperación, en aquel paraíso convertido por alguna maléfica fuerza inexplicable para mí en un auténtico infierno de muerte, silencio y horror.

Lloraba por Nova, por Zirga, por mí y por mis sueños brutalmente rotos. Había deseado volver a Nova. Había hecho de ello mi único objetivo en la vida. Había roto con mi vida, con mi pasado, con mi mundo y con otra mujer que me amaba. Había aceptado la tremenda condición inexorable de no regresar nunca más a la Tierra y obligarme a permanecer en Nova por el resto de mis días.

Y he aquí que ahora descubría, con desesperación sin límites, que el mundo al que me había condenado para siempre ya no era el paraíso soñado y conocido de antes, sino la noche infernal de la muerte y del miedo, de la desolación y el terror. Estaba condenado a permanecer allí hasta morir. No había posibilidad de regreso. Y ni siquiera podía saber qué había sido de Zirga, tal vez convertida en uno más de aquellos pestilentes cadáveres que se corrompían en las calles, devorados por enjambres de gusanos y jaurías de aves de rapiña.

Había motivos suficientes para llorar. Y para algo más que eso. Motivos suficientes para desear mil veces la muerte.

Estaba perdido en un mundo muerto, desolado por algún horror que ignoraba. Esto era lo que quedaba de Nova. Era un cementerio infinito. Y yo, el único ser viviente en su superficie.

Y de repente, oí aquellos pasos.

Pisadas de alguien. Pisadas *humanas*, acercándose a mi desde alguna parte...

CAPITULO II

Primero pensé en un error de mi mente, en una confusión de mis aturdidos sentidos. Pero no. Las pisadas existían. Se aproximaban desde el exterior, procedentes del jardín. Podía oír unos pies humanos moviéndose escaleras arriba...

—Bendito sea Dios, parece que realmente todavía exista alguien aquí, aparte de yo mismo...

Corrí hacia el arranque de la escalera, anticipándome a la posible aparición de ser viviente alguno, deseando verme cara a cara con alguien realmente humano, con una criatura con la que poder cambiar palabras, ideas... Y, sobre todo, que pudiera informarme de la naturaleza exacta del horror que se había desencadenado sobre el que una vez fuese bello y apacible mundo de felicidad y de amor.

Cuando alcancé la galería principal de la vivienda, vi al hombre.

Porque era un hombre. Y caminaba con lentitud, apoyando sus pies con firmeza en cada peldaño, antes de iniciar el ascenso del siguiente. Llevaba en su mano un cayado alto, sobre el que se apoyaba, como un peregrino. Jirones de tela oscura colgaban de un cuerpo flaco y erguido. Mechones de pelo muy blanco se agitaban en torno a su cabeza, movidos por el aire de la noche. Parecían ralos y escasos. Su rostro permanecía todavía en la zona de sombra, recortándose contra la leve claridad procedente del exterior, simple reflejo de las lunas de Nova.

Creo que él también me oyó caminar, porque se detuvo bruscamente, apoyó con fuerza su cayado en un escalón, y trató de ver en las sombras, con la cabeza muy erguida y el cuello rígido.

—¿Quién está ahí? —preguntó en lengua novana.

Yo no era precisamente un experto en aquel idioma meloso y suave, que ahora sin embargo poseía una rara nota de dureza en la voz del desconocido, pero mi contacto de varias semanas con Zirga y los demás, había logrado ayudarme a conocer algo de su lengua, lo suficiente para entender algo tan simple. Y, por supuesto, también para contestarlo:

—No temas —dije—. Soy hombre de paz. ¿Y tú?

—Morian es mi nombre, pero ¿qué puede importar eso ahora? Soy sólo un hombre que busca la vida y la paz.

—En nombre de Dios, Morían amigo, ¿dónde están los demás?

—¿Los demás? —repitió, moviendo su cabeza como si me buscara con sus ojos, todavía invisibles para mí en la zona de sombra que se extendía sobre su rostro—. ¿A quiénes te refieres?

—A todos... A los habitantes de esta ciudad...

—Espera —subió unos escalones con lentitud, apoyando firmemente el cayado en cada uno de ellos—. Tú... tú eres uno de ellos, ¿no?

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos para ti? —repetí, sorprendido e inquieto.

—Sabes a lo que me refiero. No eres uno de nosotros. Hablas con dificultad, con torpeza. Tu lenguaje es imperfecto. Debes ser un terrestre...

—Sí —afirmé tragando saliva—. Lo soy.

—¡Maldito! —rugió súbitamente, mostrándose menos firme, a punto de perder su soporte al retroceder—. ¡Maldito seas! ¡No te acerques a mi, demonio de apariencia humana!

—Pero ¿qué estás diciendo? —balbuceé, sin entender una sola palabra—. ¿No comprendes? Soy un terrestre, sí. Uno de vuestros amigos. Y amigo de Zirga también...

¡Zirga! —repitió él con amargura—. Ella tuvo la culpa. La mayor culpa de todo, y vosotros... vosotros también... fuisteis culpables. Aparta de mí, no hables conmigo. Estás maldito, Dios deberá castigarte como nos castigó a todos por nuestro error...

—Pero Morian, amigo... —me aproximé al anciano, deseando conocer el motivo de sus ominosas y enigmáticas palabras—. Deja que te explique. Yo...

—¡No, no quiero explicaciones tuyas, criatura del infierno! —bramó, enarbolando su largo bastón a guisa de arma, pese a que ello le hizo tambalear, perdido el soporte, a punto de desplomarse escaleras abajo—. ¡No quiero saber nada de ti ni de los tuyos, malditos demonios! ¡Fuera, fuera...! ¡Vete al mundo de donde viniste para nuestro mal! ¡Maldito, maldito seas! ¡Maldita sea toda tu raza...!

Dio media vuelta, echó a correr escaleras abajo, trompicado, moviéndose con torpeza y aturdimiento. Pese a ello y a su edad, pronto llegó al final, emprendiendo una grotesca carrera hacia el jardín agostado. Sus flacas, huesudas piernas se movían con torpeza pero con rapidez, haciendo flotar en su torno los jirones de ropa que aún colgaban de sus decrépitos hombros.

—¡Aguarda! —grité, exasperado, lanzándome al fin detrás suyo, una vez dominada mi sorpresa inicial—. ¡Anciano, espera! ¡Necesito saber por qué me odias tanto, por qué maldices a todos nosotros, los hombres de la Tierra! ¡No te vayas, no huyas de mí! ¡No pretendo

causarte daño alguno, Morian!...

Corrí a la desesperada, tropezando y rodando por los escalones, tal era mi ceguera para alcanzar a aquel extraño ser que parecía tener la clave, el motivo de todo el espantoso silencio y muerte que me rodeaba.

Le pude alcanzar en el jardín. Me precipité hacia sus piernas, zambulléndome sin contemplaciones. Aferré sus huesudos tobillos y lo derribé. El hombre aulló, perdiendo su bastón, y forcejeando por defenderse de mi ataque. Recibí una lluvia de golpes, de puñetazos y de patadas, pero le dominé, poniéndome de rodillas junto a él, jadeante.

—Vamos, vamos, estáte quieto —traté de razonar, sin soltarle —. No seas estúpido, anciano. Si quisiera hacerte daño, podría lograrlo sin dificultad. Tú mismo verás que no es ése mi propósito, ni mucho menos. Soy un amigo, trato de dialogar contigo, de saber qué es lo que sucede, por qué puedes odiar tanto a mí, a los míos...

—Nunca podrás hacerme ya más daño del que tú y los tuyos hicisteis a nuestra pobre y confiada gente —jadeó Morían, agotado, dejando de pelear—. ¿Te parece poco lo que pueden ver tus ojos, lo que nos rodea? ¿Es que no te conmueve este horror, esta agonía inexorable que se ha adueñado de Karz?

—No tiene sentido lo que dices. Ningún hombre de la Tierra podría causaros daño jamás, anciano —rechacé irritado—. Escúchame bien de una maldita vez. Yo sólo quiero saber la verdad, toda la verdad, ¿entiendes?

Y realmente enfurecido, le aferré por los tristes desgarrones de sus miserables ropas, zarandeándole casi violentamente. Las lunas de Nova, sobre nosotros, prestaban una irisada pero triste luminosidad al jardín. Luminosidad que, en este momento, al agitar con violencia a mi cautivo, cayó de lleno sobre su rostro.

Lancé un grito de horror profundo, casi infinito. Y le solté, aterrado, sin poder creer lo que veían mis ojos.

Aquel pobre anciano me mostraba ahora, en su descarnada crueldad, la realidad de su rostro, de su físico horrible.

—Dios mío, Dios mío... Como les sucedió a los demás... Como les sucedió a... *a los demás*...

De repente, todo el oculto horror de aquella frase me sacudió como un titánico bofetón. Me puse en pie, rugiendo de ira. Clamé, corriendo en pos del extraño peregrino leproso:

—¡No, espera! ¡Espera, anciano! ¡No es posible que todos hayáis corrido igual suerte! ¡Dime que Zirga vive, dime dónde puedo encontrarla a ella... viva o muerta, por el amor de Dios! ¡Morian, anciano, amigo, ven, respóndeme sólo a esa pregunta y luego sigue tu peregrinar a la espera de la muerte! ¡Pero antes dime dónde

encontrarla a ella, te lo ruego! ¡Morian, Morian...! ¡Responde...!

Estaba gritando al vacío, a la soledad, al silencio.

En la calle no había nadie. Todo rastro del viejo leproso había desaparecido. No pude oír sus pisadas ni ver su figura vacilante. Me fue imposible dar con él o con su rastro aunque corrí a la desesperada por las calles. No pude saber siquiera por dónde se había marchado.

Volvía a estar solo. Solo en la ciudad desolada y muerta. Solo con cientos, con miles de cadáveres, que iba descubriendo hacinados en portales, jardines, callejas y plazas, devorados silenciosa, siniestramente, por las orugas o por los pajarracos negros de plumaje de azabache y alas membranosas.

Algunas de esas malignas aves levantaron el vuelo, asustadas, al oír mis voces. Tuve que ocultarme en una casa, para no ser visto y atacado por ellas. Comprendí que la vez anterior, cuando estuve a punto de perecer bajo el acoso de su pico y de sus garras, la voz del anciano peregrino debió salvarme la vida. Pero ahora ni siquiera parecía estar lo bastante cerca el infortunado ser como para confiar en que su voz volviera a ser mi providencial salvadora. Estaba solo. Totalmente solo frente a unos peligros dantescos que parecían dignos de la imaginación desorbitada de un enfermo de *delirium tremens*. Sólo que yo estaba totalmente sobrio, y que las visiones no eran producto de mi mente, sino una delirante y estremecedora realidad.

Me sentía cansado, maltrecho. Mi cuerpo temblaba, no sé si por el fresco de la noche o por el terror que se adueñaba de mi persona. Me acurruqué en un rincón que consideré inaccesible para aves y gusanos, en un saliente de un muro interior de un edificio en sombras, y allí traté de descansar, de recuperar mis agotadas energías.

El saliente era lo bastante ancho como para dormir en él sin temor a caer, y así logré hacerlo hasta que una tenue luz púrpura asomó por el horizonte, tiñendo lentamente de tonalidades opalinas el cielo de Nova.

Estaba amaneciendo.

Pero el horror, en las calles, no era menor a la luz del día. Desde mi refugio, todavía somnoliento, aterido y confuso, pude ver el dantesco espectáculo de los cadáveres y esqueletos devorados implacablemente por los gusanos gigantes, y las formas de las aves de rapiña inclinadas sobre los residuos humanos. Un hedor a muerte y a putrefacción se fue haciendo más intenso a medida que avanzó el día y el centelleante sol rojo de Nova invadió de calor y de luz las calles.

Tomé de mi equipaje unas cápsulas de alimentos concentrados y de hidratos, así como un fármaco para calmar mi dolor de cabeza y

mi entumecimiento general. Me sentí algo más fuerte, y lancé unas cápsulas explosivas al exterior.

Los fogonazos violentos, los estampidos, rompieron la quietud mortal. Graznidos furiosos de las aves acogieron los impactos de la gelatina explosiva, y vi alejarse en un vuelo precipitado a los siniestros pajarracos. Las orugas, con la luz solar, habían ido ocultándose entre las piedras, aletargadas sin duda por el calor y por el macabro festín de la noche.

Pude correr así por las calles de la que un día fuera bella y pacífica ciudad, sin ser amenazado por nadie, hasta alcanzar el yermo campo circundante, donde al no haber cadáveres visibles, ni los alados monstruos ni los gusanos devoradores me amenazaban con su presencia.

Incierto, vacilante, sin saber hacia dónde ir ni qué hacer, eché a andar a campo través, entre los cultivos abrasados y marchitos, como el propio peregrino ciego a quien viera horas antes.

Ni siquiera sabía adónde iba a parar, ni lo que encontraría en mi camino. Pero sabía lo que buscaba, cuando menos. Buscaba la explicación, la razón de todo aquello.

Y, sobre todo, buscaba a alguien.

A Zirga, la mujer a quien amaba.

CAPITULO III

Mediado el día, comenzó a llover.

La lluvia, en Zirga, no se diferenciaba demasiado de la que teníamos en nuestro propio planeta. Pero era torrencial cuando llevaba tiempo sin caer. Esta vez debía ser una de esas ocasiones, porque un auténtico diluvio se abatió sobre mí en pleno camino.

Tuve que refugiarme en un viejo puente, bajo su arco, donde corría el cauce seco de un arroyo. Pero cuando empezó a correr por éste un creciente caudal de agua, producto del torrencial aguacero, salí de mi refugio, acurrucándome bajo un árbol sarmentoso y seco, que poca protección podía prestarme. Por fortuna, mi indumentaria espacial, bajo mis ropas, era una buena defensa contra cualquier inclemencia climatológica, ya que su tejido era impermeable y antitérmico. Aun así, mi cabeza chorreaba agua y mis cabellos estaban empapados.

Cesó de llover con la brusquedad propia de los climas tropicales. Nova tenía un clima de esa clase, al menos en el hemisferio que yo conocía. Cuando reanudé el camino, las tierras se hallaban llenas de charcos, y algunos puntos de la campiña, totalmente anegados. El agua de Nova, al embalsarse en cantidad,

adquiría la tonalidad púrpura que poseían sus mares y, por ende, su propio celaje. Pero la belleza de aquellos colores, cuando pisaba charcos amplios y mi figura cansada se reflejaba en tales espejos de agua púrpura, me dejaban ahora indiferente. Parecía como si una invisible y monstruosa mano siniestra hubiera borrado de la faz de Nova toda la belleza y esplendor que yo recordaba, para convertir sus bellezas en algo torvo, maléfico, carente de todo atractivo.

Infatigable, dispuesto a llegar a alguna parte, fuese donde fuese, que pudiera ofrecerme una explicación coherente a todos aquellos trágicos contratiempos, seguí mi marcha sin cesar, durante horas y horas.

Cercano ya el atardecer, con las lunas radiantes de Nova empezando a emerger en el horizonte en un fastuoso e inaudible espectáculo, me detuve en seco, sorprendido y esperanzado.

Ante mí, de repente, el paisaje adquiría otra fisonomía más alentadora y sugestiva. Un bosque se extendía delante de mis cansados ojos. Respiré hondo, tomando unas cápsulas de alimento concentrado, y contemplé el boscaje.

Árboles de lacios ramajes azules, cayendo como guedejas sedosas hasta casi rozar el suelo, junto a la base de su tronco, formaban un bello y lánguido paraje boscoso de gran espesor, circundado por tierras yermas extensiones. Algún fenómeno natural, como la propia estructura vegetal de aquellas arboledas salpicadas de líquenes rojizos, evitando que se agostara también el bosque, bajo el azote invisible e indescifrable de la desolación que lo invadía todo.

Eso me hizo pensar en la remota posibilidad de que el bosque pudiera ser más una amenaza que una esperanza. Su propio espesor, su intacta frondosidad y belleza, eran tan sugestivos como inquietantes. Pero yo había llegado ya a un punto en el que tanto me daba una cosa como otra.

Lo importante era seguir, seguir siempre adelante, seguir buscando, para bien o para mal. Había aceptado una aventura que no tenía enmienda posible ni vuelta atrás. Mi destino, fuese cual fuese, estaba ahora allí, en Nova. No existía ya regreso posible a la Tierra.

Era preciso continuar. Era obligado arriesgarse. Y así lo hice.

Penetré en el bosque cuando oscurecía y el cielo púrpura de Nova se llenó con las salpicaduras luminosas de estrellas y nebulosas distantes, así como por el resplandor nacarado de sus siete lunas gigantes, llenando el celaje con su arco de esferas luminosas, de lado a lado del horizonte.

De mi equipaje terrestre extraje una lámpara de pila solar y la encendí. Las tinieblas se disiparon en un amplio círculo en torno

mío, y su resplandor dorado arrancó matices bellísimos y deslumbrantes de color en la hojarasca y los helechos del frondoso lugar. Respiré con fuerza, mirando en torno mío aquel vergel digno de la majestuosa belleza del planeta Nova. Me pareció imposible que pudieran existir en aquel mundo la muerte y el terror, la desolación y la peste, como en realidad existían allí donde yo había posado mi mirada y apoyado mi pie.

—Al menos, si aquí corro algún peligro —musité hablando conmigo mismo en voz alta, porque de no hacerlo supe que terminaría enloqueciendo ante tanto silencio y soledad—, será siempre un peligro más hermoso y más benévolo que aquel que corrí entre ruinas, cadáveres, putrefacción y monstruos de rapiña...

Me acomodé, dispuesto a descansar en mi liviana bolsa de dormir, de materia plástica refractaria a variaciones climáticas y también a ataques de posibles insectos, a la espera de que llegase el nuevo día y, con él, la posibilidad de reanudar camino y explorar aquel hermoso bosque desconocido.

Giré repentinamente la cabeza, mientras preparaba mi lecho, con una rara sensación hormigueándome en la nuca.

Mis ojos no descubrieron nada, ni siquiera el movimiento leve de una hoja en la arboleda azul

Y sin embargo, por un momento, había tenido la sensación de que unos ojos invisibles me escudriñaban, de que alguien, a mis espaldas, espiaba mis movimientos tras la muralla de vegetación.

No pude apartar de mí ese pensamiento mientras me introducía en mi saco de dormir, provisto, por si acaso, de varias cápsulas de gelatina explosiva, que sostuve en mi mano cerrada, incluso después de haber apagado la luz de la lámpara solar.

En el silencio profundo que reinaba en aquel bosque, aparentemente vacío de animales de todo tipo a juzgar por el mutismo de sus ámbitos, no pude percibir ni el más leve susurro amenazador. Me mantuve alerta, con una mano junto al botón de la luz y otra sujetando las cápsulas, a la espera de cualquier posible peligro.

No sucedió nada. Y dormí, vencido lentamente por el cansancio y el sueño.

Desperté bruscamente.

La oscuridad me rodeaba. Yo apretaba aún mis dedos contra la envoltura vidriosa pero resistente de las cápsulas explosivas. Mi sueño era intenso, los párpados me pesaban y mi cuerpo sentía una fuerte torpeza, prueba evidente de que llevaba poco tiempo dormido. Miré la esfera luminosa de mi reloj.

Sólo llevaba una hora dormido. ¿Por qué había despertado de repente?

Era posible que «algo» me hubiese alterado el sueño: un ruido, una presencia extraña quizá. Ahora mismo, sentía de nuevo la incómoda sensación de antes, como si me sintiera vigilado en plena oscuridad.

Preocupado, traté de dar la luz a la lámpara, para salir de dudas iluminando el claro donde había montado mi campamentó. Sentí un frío repentino, y un sudor pegajoso brotó por mis poros.

No tenía lámpara alguna junto a mi mano. Había desaparecido.

Tanteé en vano, angustiosamente. La lámpara no estaba ya en su lugar.

Tragué saliva, sintiéndome como sujeto en una enorme tela de araña, a la espera de que un monstruo voraz y terrorífico cayera sobre mí. Exasperado, dispuesto a enfrentarme decididamente al peligro, pulsé el cronómetro, obteniendo así una luz de emergencia, tenue pero suficiente, que brotó de la esfera de mi reloj. Al mismo tiempo alcé mi mano, dispuesto a estrellar unas cápsulas explosivas en los troncos de los árboles circundantes.

La claridad de emergencia de mi cronómetro radio-televisor iluminó las formas oscuras y animadas en torno mío.

Era un perfecto cerco de seres vivientes cuya naturaleza no me fue posible descubrir, pese a mi esfuerzo exasperado por ver sus rostros y formas. Sencillamente, como un cerco macabro, aquellas sombras cayeron sobre mí. Yo traté de lanzar las cápsulas, pero unas manos o garras de gran fuerza física aferraron mi muñeca y sujetaron mis dedos, impidiéndome la acción.

—¡Malditos! —aullé furioso, debatiéndome dentro de mi ligero saco de dormir—. ¡Soltadme! ¡Soltadme de una vez, o vais a arrepentiros de esto! ¡No soy un enemigo! ¡Sólo busco a los novanos, a una mujer llamada Zirga! ¡Dejadme libre!

Todo era inútil. Algunos de aquellos seres golpeó mi cronómetro, oí un chasquido de vidrios rotos, y la luz se extinguió totalmente. Maldije de nuevo a mis agresores y logré disparar un puño, golpeando algo sólido, que crujió bajo el impacto. Un cuerpo cayó a tierra. Otros varios intentaron sujetarme esa mano, pero logré descargar otros dos golpes secos, y derribé a algunos más. Percibía jadeos y respiraciones entrecortadas en la oscuridad, pero me era imposible saber si se trataba de seres humanos o de otra especie, ya que no percibí ni el sonido de una sola voz.

Sin embargo, actuaban con gran sincronización de esfuerzos y así, en pocos instantes, no sólo me vi reducido a la impotencia, sujeto por una media docena o más de aquellos misteriosos seres, sino que me arrancaron de la mano mis cápsulas explosivas, y otros me rodearon el cuello y hombros con brazo férreo, inmovilizándome totalmente.

Estaba en poder de los agresores desconocidos, fuesen ellos quienes fuesen. Y seguía sin escuchar una sola voz humana que, cuando menos, me sirviera para salir de dudas sobre la naturaleza real de mis atacantes.

—Malditas ratas… —mascullé, una vez en su poder, sintiendo el movimiento de los bultos vivientes en torno mío, sin duda lo bastante numerosos como para hacer del todo imposible no ya una victoria, sino ni tan siquiera un intento de evasión—. ¿Quiénes demonios sois y por qué me habéis aprehendido? ¡Hablad, por el amor de Dios, hablad si sois humanos!

Solamente me respondieron con jadeos y murmullos roncos, indescifrables que igual podían pertenecer a seres como yo que a monstruos de desconocida naturaleza. Me arrastraron sin contemplaciones.

Fuesen quienes fuesen, ahora eran mis dueños. Yo estaba en su poder, y me llevaban a alguna arte sin demasiados miramientos, tratándome como si fuere el peor de los enemigos.

Parecían capaces de moverse en la oscuridad con una facilidad pasmosa, digna de alimañas de la noche y no de hombres. Sentí el roce de las heladas hojas de la arboleda, arañándome el rostro y el cuerpo, mientras me trasladaban a alguna parte por motivos que yo ignoraba.

El viaje duró algunos minutos. Por fin, sentí olor a algo húmedo, y me soltaron. Rodé por una pendiente, creciendo por momentos el olor a tierra y humedad. Comprendí que me habían situado en la boca de alguna cueva, lanzándome abajo. Por fortuna, su pendiente era suave, aunque ello no impedía que mi cuerpo, al rodar sobre la tierra y las piedras, se causara daño en el descenso.

Por fin, me detuve contra algo sólido y duro, que golpeó mi cuerpo bruscamente. Sentí dolor en mis rodillas y codos, que había encogido para amortiguar cualquier golpe. Juré entre dientes, furioso, y como no me habían ligado brazos ni piernas, me apresuré, pese a lo dolorido que me sentía, a soltar los cierres de mi saco de dormir, saltando fuera de él y agitándome con violencia para desentumecerme. La oscuridad en torno mío, seguía siendo densa, impenetrable.

Llevaba unos segundos friccionando y agitando mis extremidades para reactivar la circulación sanguínea cuando, de repente, se hizo la luz.

Fue tan brusco, que su intensidad me cegó, obligándome a cubrir mis ojos con ambas manos, a pesar de que también había cerrado de modo instintivo los párpados ante aquel raudal de claridad repentina.

—Bien, terrestre —dijo una voz perfectamente humana, en mi

propia lengua—. ¿Qué tienes que decirnos ahora?

* * *

Miré en torno mío.

Me había costado algún tiempo habituarme a la luz. Ahora podía ver perfectamente a quienes me rodeaban. Podía saber con exactitud en la clase de recinto en que me hallaba. La luz procedía de una potente lámpara de gas, semejante a las que yo viera funcionar en mi anterior viaje a Nova, cuando el planeta era el paraíso que yo pretendí alcanzar de nuevo con mi retorno.

A su claridad azulada, la caverna se mostraba amplia, de elevada cúpula, de la que se desprendían estalactitas, como lágrimas petrificadas por el tiempo. El resplandor azul se reflejaba con tonalidades irisadas en las concreciones calcáreas, dando un aire mágico, casi irreal, al recinto subterráneo.

Los ocupantes de la cueva me rodeaban en un círculo perfecto. Se mantenían silenciosos, expectantes como un tribunal en torno a su reo. De ser así, constituían la corte más siniestra que era posible imaginar.

Todos ellos vestían harapos, jirones de ropa ajada, como calcinada en parte por algún fuego del infierno. Pero en cambio, se cubrían cuidadosamente con caperuzas de tejido viejo y gastado, envolviendo así sus facciones en la sombra. Me estremeció el panorama que ofrecía aquel cerco de seres silenciosos, como si fuesen una hermandad de extrañas liturgias, una comunidad de monjes de ocultos y esotéricos ritos. Sus manos, a la espalda, tampoco eran visibles para mí.

Me mantuve quieto, erguido, contemplando aquel anillo de seres sin rostro, esperando alguna nueva pregunta, alguna otra palabra que añadieran a aquellas otras escuchadas poco antes, cuando la luz me cegó con su brusquedad:

—¿Qué tienes que decirnos ahora?

Ante su mutismo absoluto, ante la carencia de movimientos o de emociones en aquellos hombres que evocaban a sombríos monjes de tiempos arcaicos, me decidí a hablar, elevando la voz, tratando de mostrarme sereno y firme ante ellos, pese a que mi voz tembló ligeramente en sus inicios, aunque luego conseguí que sonara con cierta seguridad:

—Mi nombre es Ken Darrell. Procedo de la Tierra. Ya estuve antes aquí, cuando este planeta era un vergel y la paz y la felicidad eran las normas de sus habitantes y de sus ciudades y cultivos. No sé lo que ha sucedido. Acabo de llegar aquí, y me he encontrado con la muerte en sus calles y viviendas, con el horror de criaturas dantescas

devorando cadáveres. Alguien llamado Morían me acusó de ser responsable de todo ello, junto con mis semejantes terrestres. No entiendo nada de ello. No sé lo que ha ocurrido ni por qué. Pero soy inocente. Llevo apenas unas pocas horas de mi tiempo en Karz, planeta al que nosotros llamamos Nova. Y quiero saber de qué se me acusa, para, al menos, poder defenderme con ciertas posibilidades de ser creído.

Había hablado en mi propia lengua, porque la pregunta que se me dirigiera en principio así había sido expuesta. Ahora que había terminado, observé uno por uno a los treinta y tantos o cuarenta silenciosos encapuchados que me rodeaban en silente anillo. No capté en ellos reacción alguna. Ni emitieron el menor sonido. Creo que ni tan siquiera movieron un músculo bajo sus andrajos oscuros.

Por fin, uno de ellos dio unos pasos hacia mí, separándose del círculo. Era el más alto y vigoroso de todos. Se cubría con un hábito de estameña oscura, color café, llena de desgarros, pero la más nueva de todas evidentemente. La caperuza caía sobre su rostro, velándolo por completo a mi vista. Sombras azules bailotearon en los muros húmedos, cuando la luz de gas se proyectó sobre la figura del encapuchado.

—Yo soy Sdok —dijo fríamente—. Aquí me consideran el jefe, terrestre.

Se expresaba con asombrosa facilidad en mi idioma. No sé si me miraba o no, porque el desconocido encapuchado tenía la cabeza baja, acaso para que la sombra de su caperuza me impidiera ver su faz.

—Jefe... ¿de quién? —quise saber con cierta aspereza en mi voz.

—De todos los novanos que quedamos con vida —dijo sin emoción—. De todos los que pronto moriremos sin remedio, extranjero.

—¿Morir? ¿Por qué? —le interpelé.

—¿Preguntas por qué? ¿Acaso no lo sabes?

—No, no lo sé —rechacé vivamente—. Recuerda que acabo de llegar a Nova.

—Eso no es posible. La nave terrestre llegó hace tiempo. Tú vendrías con ellos, aunque entonces no te vimos. Es evidente que todos traíais con vosotros la maldición de la muerte y de la destrucción total.

—Espera —alcé un brazo, enérgico—. Yo insisto en que no vine con quienes dices. Eso, si te refieres a Tierra-Dos.

—Me refiero a Tierra-Dos, en efecto —afirmó el erguido, misterioso encapuchado—. Ellos fueron el mal para nuestro mundo. Ellos nos destruyeron.

—¿Ellos? —protesté airadamente—. ¡Imposible! ¡Todos eran honestos astronautas, gente experimentada en viajes espaciales, hombres honrados, investigadores y científicos sin deseo alguno de dañar a nadie! ¡Uno de ellos era amigo íntimo mío y jamás causó mal a nadie! ¡Me niego a admitir que mis semejantes sean culpables de nada, y menos aún de este horror! Ellos… ellos viajaban en son de paz, en intercambio de ideas, en embajada de paz, de amor y de amistad entre las especies humanas del Universo…

—¡Mientes! —bramó la voz del encapuchado bajo la estameña oscura—. ¡Mientes, como mintieron todos ellos, terrestre! Tú, Ken Darrell, te marchaste un día de este mundo jurándonos amistad y afecto. Volviste, sí. Eso lo habías prometido, lo recuerdo muy bien. Volviste a Karz, planeta al que vosotros llamabais Nova, pero no en son de paz ni de cariño, sino como azote de Apocalipsis, como monstruo de maldad aniquiladora para nuestra gente y nuestra civilización sencilla y pacífica. De vosotros brotó el horror, el caos, la muerte definitiva para nuestro triste mundo actual…

—Tú… tú sabes que yo… yo prometí volver —dijo roncamente, mirándole asombrado—. De modo que tú… me conoces, quienquiera que seas. Tú conoces a Ken Darrell, el astronauta de la Tierra…

—Sí. Te conozco muy bien, terrestre —afirmó la voz del misterioso personaje llamado Sdok—. Lo bastante para saber tu falsedad, tu insidia y la de los tuyos… ¡Amistad y amor! Sois depravados, crueles y perversos. Sabíais que vuestro regreso significaba la muerte. Pero nosotros también sabemos hacer justicia. Por eso estás aquí ahora. Por eso vas a ser juzgado y sentenciado, de acuerdo con tus horribles culpas, en representación de todos tus camaradas del planeta Tierra que no pueden ser juzgados por sus crímenes…

—¿Juzgado? ¿Condenado? ¿Por qué delito? —protesté—. Os repito que acabo de llegar aquí, que nada sé de cuanto ocurre, que nada tuve que ver en lo que sucediera antes de mi llegada, Sdok… ¿Qué clase de cargos podéis pronunciar contra un inocente?

—Los cargos son graves, Darrell. Muy graves: asesinato masivo, destrucción de una sociedad… La pena solamente puede ser una, pero prefiero que sea mi gente la que la pronuncie por unanimidad. Si hay una voz, una sola voz en tu favor, extranjero, se demorará tu condena y será discutida la sentencia. ¡Hablad, hermanos todos! ¿Qué sentencia merece este juicio ante Dios del hombre que simboliza la maldad de una raza invasora?

La respuesta llegó como un coro, lo mismo que un siniestro *miserere* pronunciado por aquel coro de sombríos monjes:

—¡Muerte…! ¡Muerte…! ¡Muerte…!

Ni una voz, ni una sola, a mi favor. La sentencia era definitiva.

La unanimidad, total. Supe que estaba condenado.

—Pero ¿por qué, Dios mío, por qué? —gemí, cayendo de rodillas, exasperado, en medio del siniestro círculo—. ¿Cuál es mi culpa para morir?

—La misma por la que la propia Zirga pagaría si estuviese ahora aquí, Darrell —me contestó sombríamente Sdok.

—¡Zirga! —grité roncamente, mirándoles con horror—. Ella... Habéis pronunciado su nombre... ¿Qué fue de ella? ¿Dónde está ahora Zirga, viva o muerta?

La respuesta del jefe de aquella lúgubre comunidad, me dejó helado:

—Eso quisiéramos saber nosotros... para sentenciarla a morir a tu lado.

—¡Morir ella! —casi grité, mirándoles implorante—. Pero ¿por qué? ¿Por qué ella, que es de los vuestros?

—Porque ella abrió las puertas al mal —dijo Sdok amargamente —. Por ella fuiste acogido aquí como un hermano. Y luego volviste con los tuyos para traicionarnos y sentenciarnos al más horrible de los exterminios... Ella, Zirga, fue culpable por creer en ti, un extraño, y confiar en tu buena fe. Zirga y los humanos, responsables de un mismo delito de traición y de asesinato masivo... En ausencia de ella, a quien no puede alcanzar nuestro brazo justiciero... ¡muere tú, terrestre! Has sido condenado, y la pena se cumplirá inmediatamente sin remedio.

—Dios mío... —hundí el rostro entre mis manos, sin lograr comprender nada de todo aquello—. Dios mío, no puede ser. Es una espantosa pesadilla sin sentido... Pero por el amor de Dios, ¿quién eres tú realmente, que así te crees justiciero infalible y brazo de Dios para sentenciar a los demás hombres?—Ya te dije que mi nombre es Sdok, terrestre —recitó con voz profunda el encapuchado—. Te diré algo más: cuando te marchaste a la tierra con la nave Tierra-Dos, yo... *yo me convertí en el esposo de Zirga*.

—¡Tú... su esposo! —jadeé aturdido—. ¡Dios mío! ¿Y *tú* la condenas a ella?

—Sí, Darrell Yo, como todos los novanos, condeno por traición a Zirga, mi esposa, como te condeno a tí ahora... ¿Quieres saber la razón? Mira. Mira y no olvides esta imagen mientras vivas...

Se dejó caer atrás la caperuza.

Con vivísimo horror, contemplé el rostro de Sdok, el marido de Zirga y juez contra mí en aquel tétrico proceso bajo tierra.

Ciertamente, creo que nunca, nunca, olvidaré ese rostro mientras viva...

CAPITULO IV

Era espantoso.

Recordando la faz leprosa y ciega del infortunado Morian, el anciano peregrino, incluso esa cara parecía normal al lado de la de Sdok, que hasta entonces ocultara su caperuza.

Ya no estaba ante un ser humano en realidad, sino ante una mutación de la especie, una criatura que comenzaba a dejar de ser un hombre para convertirse en algo distinto, indefinible y atroz.

Ya ni siquiera era un rostro lo que ocultaba la caperuza, sino una máscara grotesca y alucinante, una materia tersa, lívida, sin nariz ni orejas, con un boquete por boca, y unas prominencias gelatinosas por ojos, todo ello de color tumefacto, bilioso y repulsivo.

Nos quedamos mirándonos uno a otro durante largo tiempo. Ignoraba yo si era ciego o si podía ver a través de aquellas pulpas de gelatina que colgaban del lugar donde una vez existieron párpados y ojos. Por encima, su cráneo rapado, casi calavera recubierta simplemente de piel apergaminada, no mostraba ni la huella de un solo cabello.

—Cielos... —murmuré roncamente, tragando saliva, pero sin mostrar repugnancia ante aquella apariencia terrible de mi interlocutor—. ¿Cómo pudo suceder...?—Tus hermanos de la Tierra, Darrell Ellos lo hicieron, bien lo sabes.

—Matadme. No puedo evitarlo. Matadme, pero con ello no conseguiréis nada... porque no soy culpable. Ni siquiera sé cuál es la culpa de los demás... Comprendo que algo terrible ha sucedido en Nova, y no entiendo su naturaleza. No logro comprender nada de nada. ¿Por qué sufrís la mutación?

—Las radiaciones, Darrell

—¿Radiaciones? ¿Qué radiaciones?

—Nadie sabe lo que son. Nuestro nivel tecnológico es muy pobre, como bien sabes. Nunca nos preocupó confiar demasiado en la Ciencia y en la Técnica, porque vimos en ellas a los grandes enemigos del futuro para nuestra raza. Pero se detectaron radiaciones intensas que provocaron graves daños: quemaduras, ruina de sembrados, heridas letales en muchos... Y otras personas sufrimos daños irremediables que desembocarían en esta mutación. Primero serían llagas y lesiones semejantes a la de la lepra, una ceguera temporal, que alteraría nuestros órganos visuales... Finalmente, los que sobreviviéramos a la crisis letal, nos convertiríamos en lo que ves. Todos aquí somos iguales. No vemos más que sombras. La oscuridad es nuestro mejor medio de vida. La luz nos hiere en exceso. Nuestros ojos ya no son tales, sino unos

medios de captación visual limitada, a través de una especie de sensibilidad a la presencia de cuerpos vivos o inertes, algo así como lo que vosotros llamabais radar en otros tiempos... Paulatinamente, sabemos que terminaremos convertidos en materia inerme, mitad hombre y mitad piedra. Ya tenemos algunos ejemplos así. Mira eso...

Se apartaron algunos de los presentes. Trémulo de horror, descubrí, más allá del círculo de encapuchados, un muro rocoso de la cueva. Para espanto mío, de aquellas piedras informes y rugosas emergían brazos y cabezas vivas, formando parte de la masa rocosa, pero adheridos a ella, agitándose lentamente, como en una pesadilla escalofriante. Sus bocas, simples orificios inmóviles, parecían emitir unos vagos sonidos que eran como simples crujidos o vibraciones indescifrables. Un horror sin límites me invadió. Sentí una convulsión.

—Dios mío, no... —me cubrí el rostro con las manos—. No puede ser...

—Pero *es*, Darrell —me acusó fríamente Sdok—. Hace pocas jornadas, ellos eran como nosotros. Sabemos que ése es nuestro final, para terminar volviéndonos piedra inanimada. Ignoro si nuestras almas, sentimientos e incluso emociones, quedarán sepultados para siempre tras esa superficie pétrea, como en el peor de los infiernos, cautivos y sometidos a la inmovilidad de la roca inerte. Pero sea como sea, es un trágico y doloroso destino para seres vivos, humanos y dueños de una sensibilidad y de unas emociones. A eso nos condenó tu ciencia, Darrell, cuando el Tierra-Dos os trajo aquí de nuevo...

—Yo no vine en el Tierra-Dos, Sdok —rechacé airado.

—Vamos, vamos —parecía haber un tono de acre burla en su voz—. ¿A qué mentir ahora burdamente?.. cuando te espera la muerte irremediablemente, Darrell?

—Digo la verdad —manifesté con arrogancia, sin recurrir ya a gritos histéricos que en nada podían beneficiarme ni tampoco persuadir a aquellos pobres seres, víctimas de un azote que yo desconocía aún—. Un hallazgo sorprendente, la forma de enviar materia a través del hiperespacio, me permitió regresar hace sólo unas horas. Esperaba encontrar el paraíso que siempre fue Nova. Y me hallo con todo este caos doloroso... con la muerte y el terror por todas partes, con el silencio y la desolación como únicos ocupantes del planeta, hasta dar con vosotros, pobres amigos míos...

—Si pudiera creerte —Sdok hizo un gesto brusco—. Pero es imposible. Nadie puede viajar por los espacios siderales sin una nave. Y la última en llegar a Nova fue la Tierra-Dos.

—No puedo entenderlo —musité—. Perdimos su rastro en la Tierra. No podía ser localizada por los más sofisticados medios de seguimiento espacial. Era como si se hubiera diluido en el Cosmos

sin dejar rastro. Y tú… tú dices que llegó a este mundo, pese a todo…

—Es la verdad. El Tierra-Dos nos trajo la aniquilación y la muerte.

—Pero ¿cómo pudo llegar aquí sin ser detectada por nuestros sistemas de control remoto, cómo escapó a toda vigilancia terrestre? Es técnica y físicamente imposible, Sdok…

—No me preguntes cosas que yo no entiendo ni tampoco mi gente comprendió jamás —me respondió amargamente—. Acabemos de una vez, Darrell. Has sido condenado a muerte. Tu defensa no te sirve de nada. Vas a morir.

—Bien —dije con serenidad—. Adelante. Terminad conmigo de una vez. Pero sabed que, antes de morir, un hombre honesto os jura algo por la salvación de su alma: no tuve nada que ver en esta tragedia. Ni siquiera sé lo que pudo suceder ni por qué estáis acusando a mis camaradas de ese horrendo crimen cometido contra vuestra raza.

—¿Te sorprende, conociendo la historia de tu mundo?

—No, no es eso. Sé que hemos cometido muchos genocidios a través de la Historia. Sé que el Hombre es culpable de muchas cosas, pero nuestros viajes espaciales no son nunca agresivos sino amistosos y con nobles miras de convivencia entre seres inteligentes de distintos planetas. No puedo entender lo sucedido…

—Es igual. Eso no cambia las cosas. ¿Estás preparado para morir en paz con Dios y contigo mismo?

—Sí —suspiré—. Estoy dispuesto.

—Bien —el mutante Sdok alzó un brazo—. Adelante. Cúmplase la sentencia…

Tres encapuchados avanzaron silenciosamente hacia mí. Tampoco parecían felices con la tarea que iban a cumplir en mi persona. Simplemente, era como cumplir un ritual doloroso pero necesario. Una forma dura y amarga de hacer justicia en alguien a quien consideraban responsable.

—Un momento —pedí, alzando mi mano.

—¿Sí? —el rostro informe de Sdok se fijó en mí—. ¿Qué quieres ahora?

—Un último deseo —dije—. En mi mundo, siempre se concede al reo a muerte.

—De acuerdo. Es razonable. Tienes concedido ese último deseo, siempre que sea dentro de una lógica y de una razón.

—No es nada excepcional —sonreí con tristeza—. Deseo tener un minuto para rezar. Sólo eso…

—Concedido —admitió Sdok brevemente.

—A solas —rogué—. Es mi deseo confesarme a mi Dios, Sdok.

—Tu Dios es el de todos —me recordó gravemente—. Adelante.

Reza a solas. Apartaos, hermanos, a una discreta distancia.

Me dejó solo, de rodillas bajo las estalactitas, no lejos de la rampa que yo había bajado dando volteretas poco antes. Miré hacia arriba. El resplandor de las lunas de Nova me llegaba difuso desde un alto agujero. La rampa era suave para bajarla. Pero mucho menos accesible para remontarla cuesta arriba. Y eso, justamente, es lo que yo intentaba. Arriba, recostándose contra las estrellas, vislumbré unas formas oscuras, unos bultos en movimiento. Eran ellos. Miembros de la extraña y lúgubre comunidad de mutantes capitaneados por Sdok.

Sin embargo, era mi única oportunidad. Tenía que intentarlo. Todo antes que dejarme matar estúpidamente por aquellos pobres fanáticos llenos de odio y rencor hacia quien consideraban culpable de sus males.

Y lo intenté. Vaya si lo intenté.

De repente, me lancé ladera arriba, corriendo cuanto me era humanamente posible, poniendo todas mis energías y voluntad en ello. Algunas piedrecillas se desprendieron en mi carrera, y ellos volvieron las encapuchadas cabezas hacia mí.

—¡Cuidado! —gritó Sdok—. ¡Se fuga! ¡Cogedle, pronto!

Oí que corrían hacia mí, en mi persecución, seguros de hacerse conmigo sin dificultades. Arriba, avisados por los gritos de alerta de su jefe, los vigilantes de la caverna se asomaron, dispuestos a frenar mi evasión. Yo esperaba ya eso.

Cierto que estaba desprovisto de mis medios de combate. La mochila con el resto de víveres y de cápsulas explosivas estaba en poder de mis captores. Pero también es cierto que me quedaba una última posibilidad de la que ellos nada sospechaban, que aún estaba en mis manos.

Mi reloj-radio-TV de pulsera permanecía en mi muñeca. El hecho de que su vidrio estuviera roto e inmovilizado su mecanismo les había hecho suponer que aquello ya no tenía valor alguno. Ignoraban que, dentro del pequeño reloj de múltiples usos, guardaba mi última posibilidad, mi supremo recurso.

Perseguido por los encapuchados, con otros tres o cuatro mutantes esperándome arriba, debía cuidar al máximo mis movimientos y acciones para no malograr el intento de evasión de la que iba a ser mi última morada. Esperé, por tanto, hasta hallarme muy arriba, cerca ya del hueco que conducía al aire libre, a la noche estrellada y bañada de luz de siete lunas. Por fortuna, mi rapidez de movimientos era infinitamente mayor que la de mis perseguidores, sin duda anquilosados en parte por su propia mutación degenerativa.

Los de arriba me esperaban, con sus espantables rostros lívidos e informes y sus ojos colgantes, de gelatina bailoteante, alargando

unas manos descarnadas, cubiertas de llagas incurables que deformaban sus dedos, convirtiéndolos en una materia dura y escamosa, tan amenazadora por su potencia como lenta en sus movimientos. Eso era una ventaja más para mí.

—¡Apartaos! —rugí—. ¡Apartaos o tendré que mataros!

Ellos no me hicieron caso. Lamentaba hacer aquello, porque lo último que deseaba era destruir vidas, aunque fuesen de aquel grupo de tristes y miserables seres mutantes, condenados a un final horrible, convertidos en piedra viva, que, paulatinamente, se haría inanimada en una última degradación final.

Apenas estuve a pocas yardas de ellos, utilicé mi reloj averiado. Pulsé el único botón del mismo que todavía funcionaba. De la caja metálica del cronómetro surgió un destello rápido, fugaz y deslumbrante, fino como un rayo láser.

Pero era algo más que un simple láser. Era un rayo infinitamente más poderoso, concentrado en tan reducido tamaño. Apenas tocó a los infortunados mutantes de arriba, ocurrió lo que yo no hubiera deseado. Pero se trataba de su vida o de la mía. Y ellos, en realidad, ya apenas si eran nada, salvo una evolución hacia la destrucción total.

Un fuego súbito, una bola incandescente, llameó en el hueco de salida, envolviendo a los que me cerraban el paso. Capté gritos de horror y de agonía, los cuerpos se envolvieron en llamas, cayendo dos al fondo, rozándome a mí en su caída, y desapareciendo los demás de la abertura, en medio de un chisporroteo violento.

El suceso dejó como petrificados a mis seguidores. La voz de Sdok me llegó, virulenta, furiosa:

—¡Vamos, no le dejéis escapar! ¡Ya visteis que es un asesino, como todos los de su raza maldita! ¡Capturadle! ¡Hay que matarlo, es un peligro para todos! ¡No tengamos piedad alguna con seres como ése, hermanos! ¡Matadlo, matadlo, sea como sea.

Pero yo había alcanzado ya la abertura y saltaba fuera, a la noche, entre los árboles azules del misterioso bosque. Vi alejarse a varios bultos humanos, envueltos en llamas. Pude correr, precipitándome hacia las sombras, intentando a la desesperada huir de allí como fuese, intentando poner tierra por medio entre mí y aquellos mutantes llenos de odio y de sed de venganza.

Ignoraba si ello me sería posible, pero lo cierto es que corría con toda mi alma puesta en el esfuerzo, dispuesto a huir como fuese, a ir lo más lejos posible de aquel recinto dominado por los seres deformados de Nova.

Ahora, cuando menos, tenía una vaga esperanza de que quizá en alguna parte aún podía vivir Zirga, aunque fuese transformada en un horrible mutante como los demás.

Y si era así, cuando menos, quería morir junto a ella, porque eso era ya lo único que podía esperar en esta vida. Lo único que pedía a Dios, mientras luchaba por mi existencia, por mi libertad.

Cuando me detuve, jadeante, fuera ya del recinto boscoso, miré en torno mío y descubrí que las lunas de Nova brillaban triste y pálidamente sobre un yermo extenso, desolado y vacío, supe que, al menos de momento, había logrado mi objetivo.

Los mutantes quedaban atrás, encerrados en aquel bosque azul. Ante mí, quedaba otro desierto, una extensión que parecía no tener final ni conducir a ninguna parte.

Pero yo eché a andar, movido por mi férrea voluntad, por mi ciego afán de llegar a algún sitio, de encontrar, fuese donde fuese, el rastro que me condujera a morir junto a Zirga, la mujer amada.

CAPITULO V

Estaba fatigado. Muy fatigado.

Había caminado durante muchas horas, y la búsqueda seguía siendo en vano. No había hallado rastro de Zirga. Ni de ningún otro ser viviente sobre la faz desolada del planeta Nova.

Al fin, cansado, me detuve a acampar, echando de menos mis cápsulas alimenticias. Bebí agua de un manantial, no notando en ella sabor alguno a contaminación, y me dominé del mejor modo posible el apetito que ya sentía agotado como estaba de tanta caminata.

Al amanecer, unos tallos comestibles me sirvieron de frugal alimento para, cuando menos, notar algo sólido en mi estómago. Y seguí la marcha, siempre al azar, sin rumbo determinado alguno, porque ni siquiera sabía adónde iba ni en qué lugar podía encontrar algo de lo que buscaba.

La monotonía áspera y desoladora del paisaje cambió ligeramente al mediodía.

Me detuve. Frente a mí, una cadena rocosa de montañas se perfilaba en el horizonte. Y ante ellas, desde muy cerca de mi emplazamiento actual, un lago iniciaba su extensa superficie de agua púrpura, hasta lamer las faldas de aquellas estribaciones pedregosas.

—Un lago —murmuré, pensativo—-. ¿Debo cruzarlo o retroceder?

Retroceder significaba, acaso, ser capturado de nuevo por los mutantes de Sdok, y ésa no era una posibilidad alentadora para mí. Volver a la ciudad, aunque no hallase ningún otro peligro en el camino y lograra eludir a los peligrosos mutantes, era regresar nuevamente al gigantesco cementerio en que se había convertido,

con sus horripilantes aves de rapiña y sus gusanos odiosos.

Me decidí. Cruzaría el lago. Pero primero tenía que encontrar el medio. A nado no llegaría ni a la mitad, pese a que la densidad del agua de Nova pudiera ayudarme a permanecer a flote más tiempo.

Arranqué una serie de troncos delgados de arbustos y luego busqué lianas para atarlos entre si, formando una rústica y frágil balsa que confiaba se mantuviera a flote el tiempo suficiente.

Y con tan escaso bagaje marinero, me hice a la mar, llevando un bichero para impulsar la balsa a través de aquel lago púrpura que se extendía ante mí. Casi al atardecer, había salvado toda la amplitud de sus aguas, llegando al otro lado, al pie de las estribaciones rocosas.

Me quedé sorprendido. Un villorrio se alzaba allí, formando la margen del lago. Evidentemente, alguna vez había estado habitado.

Ahora, sólo me fue dado ver esqueletos y calaveras, dispersos por la orilla y por la rampa que formaba la única calle en medio de las toscas edificaciones. Ya ni siquiera olía a putrefacción allí. Sólo quedaban huesos calcinados, blanqueándose al sol, de la que sin duda fuera una acogedora, amable comunidad de pescadores. Redes y útiles de pesca, se habían secado y acartonado bajo el rojo sol de Nova.

—Pobre gente... —susurré, contemplando aquel nuevo cementerio humano—, ¿Es posible que, como dijo Sdok, mis camaradas de la Tierra trajesen consigo este horror? Pero ¿cómo pudo suceder? ¿Por qué ellos harían algo así?

Eran preguntas sin respuesta. Los esqueletos no iban a responderlas, de modo que decidí continuar mí viaje, pero no sin antes buscar algún alimento en aquel pequeño poblado marinero.

Tuve bastante fortuna. Dentro de una casa, además de una mesa con varios comensales en torno suyo, que ahora eran simples esqueletos tendidos en tierra, salvo uno de ellos que permanecía sentado a la cabecera de la mesa, encontré una estantería con algunos tarros de conservas caseras de pescado. Abrí uno de ellos. Estaba en buen estado y lo vacié. Encontré igualmente un barrilito con licor de frutas silvestres, y también resultó comestible. Al abandonar la vivienda, con otros dos tarros de aquel alimento en conserva, me sentía ya infinitamente mejor y más fortalecido.

Pisé la calle, dispuesto a pernoctar allí, puesto que las sombras de la noche caían con rapidez.

Y entonces oí el agudo grito de terror en alguna parte.

Era un grito de mujer.

* * *

Había sonado muy cerca. Increíblemente cerca.

Corrí por la orilla del lago, descubriendo aterrado que algo o alguien había destrozado los frágiles troncos de mi balsa. Era imposible volver ya al otro lado del lago con aquel sistema. Los palos se hundían en las aguas o flotaban sobre ella, totalmente inútiles.

—¿Quién llama? ¿Quién grita? —rugí con voz potente.

El grito se repitió. Junto con él, me llegó un sonido raro, una especie de resoplido prolongado, siniestro, que heló la sangre en mis venas.

Alcancé el límite del pueblo marinero. Al volver la última casa lo vi.

Me quedé quieto, rígido, con un repentino escalofrío que logró erizar mis cabellos, tal fue el horror que sentí.

Una mujer desnuda yacía en tierra, tendida boca arriba. Me fue imposible ver otra cosa que sus largas piernas, sus nalgas rosadas, sus brazos agitándose desesperados.

Inmediatamente, pese a aquella visión de un hermosísimo cuerpo femenino, atrajo mi atención *lo otro*.

Era lógico que así fuese. Jamás, en toda mi vida, había visto cosa más horrible y repugnante.

Le mujer tendida en el suelo estaba virtualmente rodeada por seis o siete *cosas* espeluznantes. Eran como sanguijuelas o babosas, pero de un tamaño enorme, como un ser humano cada una de ellas. Reptaban, dejando un rastro de baba rojiza, aproximándose con maligna precisión a la mujer, que parecía incapaz de evadirse de aquel cerco, por la razón que fuese.

Las babosas, o lo que fuesen aquellas formas repugnantes y atroces, de oscuro color, palpitante materia gelatinosa y apariencia informe, estaban ya virtualmente sobre ella, y sus gritos de terror habían sido sustituidos ahora por simples quejas, gemidos de profundo dolor y de intensa angustia.

Aquello tenía todas las trazas de un sacrificio humano. Recordé la presencia de esqueletos y cadáveres, y me dije que si *aquello* era lo que producía tales efectos en los humanos habitantes de Nova, así como la mutación de otros, estaba cara a cara ante un nuevo y más espantoso horror.

—¡Malditos monstruos! —rugí—. ¡Volved aquí, atacadme a mí, seáis lo que seáis, repugnantes bichos!

Me había expresado en mi propia lengua y, cosa asombrosa, las formas parecieron entenderme o, cuando menos, captaron mi voz y reaccionaron.

Se volvieron hacia mí. Por un momento, la mujer pareció no existir para aquellas criaturas horripilantes. Algo que ni siquiera era un rastro, sino unos bultos y una boca jadeante y abierta, hecha de gelatina fofa, se encararon conmigo, llenándome de pavor y de

náusea.

Y empezaron a reptar en dirección mía.

En el acto supe por qué aquella mujer mantenía una inmovilidad semejante ante el ataque de las «cosas» blandas.

Yo mismo me noté como helado de forma súbita. Mis miembros se agarrotaron, noté una especie de vaho gélido rozándome la piel, y mis nervios, paulatinamente, se fueron inmovilizando, lo mismo que mis músculos.

Me estaba paralizando, y aquellos monstruos repulsivos venían hacia mí para destruirme con toda facilidad.

La mujer, libre ya de esas ondas heladas que paralizaban mente y cuerpo, se estaba incorporando lentamente, como con trabajo. Pude ver su rostro, enmarcado por larga y sedosa melena azul.

Ella también vio mi rostro.

Nos quedamos mirándonos, separados por el grupo de babosas criaturas que reptaban hacia mí.

Mi asombro fue inmenso. Pero el de ella, mayor aún.

—¡Ken! —gritó roncamente—. ¡Tú! ¡No es posible…!

—Dios mío… —gemí—. Zirga, amor mío… Al fin te he encontrado.



Las babosas estaban va muy cerca. La sensación de parálisis cerebral y física era cada vez mayor. Una de las formas gelatinosas se apoyó en mi pie, comenzando a subir por él, y el asco y el terror me dominaron de forma indescriptible. Lo peor es que ni siquiera podía ya moverme ni gritar. De mi boca, como antes de la de ella, sólo brotaban sonidos inarticulados.

—Ken, Dios mío… —la oí murmurar a Zirga, hermosamente desnuda ante mis ojos, esplendorosa de belleza y de seducción, sin huella alguna en su cuerpo de las taras de aquella horrible lepra o de la espantosa mutación de sus semejantes—. Ken, van a destruirte… como a los demás…

Avanzó ella hacia mí, pese a que mis ojos trataron desesperadamente de enviarle un mensaje, de pedirle que no interviniera en aquello, que huyese, ahora que podía, mientras «ellos» se ocupaban de mí.

No sé si captó mi mensaje y no me hizo caso, o si ni siquiera se dio cuenta de ello. Lo cierto es que corrió a la orilla del lago. Aferró un tronco de madera y corrió hacia las criaturas agresoras, dispuesta a golpearlas con rabia.

—No… no… Zirga… no… —traté de tartajear, sin que pareciese capaz de modular palabras concretas con mi paralizada garganta.

La «cosa» reptante que se movía ya sobre mi pie y pierna, se iba irguiendo, haciéndose más grande. Su boca, aquel hoyo inmundo abierto en su materia blanduzca y amorfa, despedía un vaho helado y fétido que me azotaba el rostro.

De repente, sucedió algo inexplicable para mí.

Otra de las formas agresoras saltó sobre la que me atacaba. Se enzarzaron mutuamente en una pugna extraña, feroz. Una especie de apagados jadeos, palpitantes movimientos y sacudidas que parecían lanzar sobre mí un frío mortífero, acompañó esa lucha entre sí, que yo no lograba entender.

Las demás «cosas» vivientes parecieron tan sorprendidas como yo mismo. Miraron a la materia que impedía su acción con aquellas bocas que posiblemente fuesen también su único elemento de captación de imágenes, bien visualmente o por medio semejante a las antenas de las hormigas.

Se lanzaron sobre mi extraño «protector», y la pugna aumentó de grado. Pero al enzarzarse todos entre sí, la ráfaga helada que inmovilizaba mi cuerpo pareció diluirse y alejarse, devolviendo la normalidad a mi cuerpo aterido.

—Dios, puedo moverme... —susurré, agitando mis brazos y flexionando mis piernas.

Presuroso, corrí a reunirme con Zirga. Ella me abrazó. Y yo a ella. Creo que nunca en mundo alguno habrá habido un abrazo como aquél Tan patético, tan desesperado, tan lleno de mutuo amor. Nuestras bocas se encontraron, nuestros ojos se cruzaron en una mirada de infinita ternura y de pasión suprema.

—Oh, Ken, Ken... —musitó.

—Zirga, amor mío... —respondí yo—. Pronto, huyamos de aquí... Hay que aprovechar este momento en que esas «cosas» se pelean entre sí...

—Pero Ken, será inútil... —murmuró ella amargamente—. Esto ya no es el paraíso que conociste.

—Lo sé, lo sé. Aun así, hay que intentarlo. Aún estamos vivos. Y eso es lo que cuenta... ¡Vamos, Zirga, antes de que sea tarde!

La tomé de una mano. Tiré de ella. Su desnudo cuerpo, antes dócilmente rendido a la fatalidad, cobró ahora energía, pareció tener alas al seguirme, corriendo cuanto era capaz de correr.

Nos alejamos del lugar donde luchaban los monstruos. Corrimos sin sentido, sin saber ninguno tal vez adonde íbamos, pero esforzándonos por hallar un resquicio de esperanza, una vía de evasión a tanto horror.

Tiré de ella hacia las montañas rocosas a cuya falda se alzaba el pueblo pescador. Ella no dudó en seguirme, aunque la oí murmurar:

—Ken, éste es el peor camino... Nos conduce directamente al

fin…

—¿Qué importa adonde conduzca? —susurré, exasperado, ansioso por dejar lo antes posible a aquellas horribles criaturas, cuyos roncos jadeos y estertores llegaban aún hasta nosotros—. Hay que intentarlo, Zirga, pase lo que pase…

Subimos y subimos, no sé por cuánto tiempo. Al fin, jadeante, me detuve, miré hacia atrás. Me quedé asombrado de la distancia que nos separaba ya del pueblecillo sin vida. Habíamos llegado muy alto, escalando rocas abruptas. Miré a Zirga. Estaba tan cansada como yo. Era increíble su virginal dulzura, su etérea ingenuidad, aun en aquella total desnudez que me permitía admirar la belleza sublime de sus formas.

—Oh, Dios… —susurré, viendo desaparecer en el horizonte los últimos vestigios solares—. Ya oscurece. ¿Estaremos a salvo aquí?

—En ninguna parte de Nova se está a salvo, Ken —me respondió.

—Lo sé, lo sé. Pero ahora me refiero solamente a… a esas «cosas» de allá abajo.

Ella se encogió de hombros con fatalismo.

—Reptan muy despacio. Tardarían días enteros en llegar a nosotros. Pero esas formas horribles no son ahora el único peligro…

—También lo sé —asentí amargamente. Me senté en las rocas, y ella se puso de rodillas a mi lado, apoyando sus manos en mis piernas y mirándole al rostro. Las lupas de Nova emergían ya en otro punto del horizonte, llenando de luz pálida la noche del planeta—. He visto a Sdok…

Se estremeció. Dilató sus ojos, mirándome con profundo horror y sorpresa.

—Dios mío… —murmuró—. ¿Lo sabes?

—El me lo contó. Es tu esposo, ¿verdad?

—Sí —bajó la cabeza y la apoyó en mis rodillas—. Lo es. O lo fue. Ya no es ni siquiera humano. Pronto se convertirá en piedra animada. Y finalmente en simple piedra inerte…

—Vi a otros mutantes —asentí—. Es horrible, Zirga.

—Horrible, sí —me contempló largamente, con asombro infinito—. Ken, ¿cómo has llegado a Nova? ¿Hay… otra expedición?

—No —rechacé—. Vine yo solo.

—¿Cómo es posible eso?

—Es largo de contar. Ya lo sabrás, Zirga. Pero vine por ti…

—Y me has encontrado.

—Sí. Pero ¿por qué aquí? ¿Tú no has sufrido mutación ni daños? He visto cientos de cadáveres en tu ciudad. Y a un anciano leproso, ciego…

—Es el principio de la mutación —tembló— Luego se

conviertes en... en lo que dices que ahora es Sdok, mi marido. Finalmente, se transforman en piedra. Es un mal extraño y terrible.

—¿Quién lo trajo? —Sdok dijo que mis compañeros del Tierra-Dos...

—Es la verdad.

—¡Pero eso imposible, Zirga! Ellos... ellos desaparecieron en el espacio. Fue imposible cuanto hicimos por localizarles.

—Ellos llegaron a Nova, Ken. Yo les vi. Esta es la prueba...

Buscó algo entre sus largos, sedosos cabellos. Vi que bajo el mismo, una cinta de piel se ceñía a su cabeza. La desprendió. Del interior de la cinta, extrajo algo que me tendió.

Era un papel doblado. Lo tomé, frunciendo el ceño. Al desdoblarlo, reconocí la letra. Era mía.

—¡Zirga! —susurré—. Es... es mi carta...

—Sí, Uno de los astronautas del Tierra-Dos me la dio.

—Adam Landers, mi mejor amigo —murmuré, asombrado, reconociendo cada frase de aquella carta—. El te la dio...

—Sí. Era un joven muy simpático y agradable. Le acogí en casa. Todos fueron bien recibidos, como la primera vez. Y de repente... ocurrió todo. Sdok me culpó a mí. Creo que debe buscarme para darme castigo...

—Así es —admití—. Te culpa de todo, Zirga.

—Dicen que los humanos de la Tierra no debieron ser admitidos. Que nos trajeron la destrucción...

—Pero ¿cómo? —protesté—. Eso es absurdo, Zirga.

—No, Ken. Es verdad, Ellos nos destruyeron. Eran como fieras implacables. Nos atacaron, asesinaron a gran parte de la ciudad con sus armas. Luego, les brotó un extraño mal que se nos contagió de forma distinta a nosotros.

—¿Un mal? —vacilé—. ¿Qué clase de mal? Eso no tiene sentido...

—Pero sucedió como te cuento. Enfermaron extrañamente. Su crueldad se hizo mayor. Nos contagiaron a todos y siguieron matando, como fieras heridas y acosadas. Nunca vi gente tan sanguinaria, Ken.

—¿También Adam Landers, mi amigo?

—El también. Con mis propios ojos le vi dirigir su pistola de rayos destructores contra mi gente.

—Adam era un buen chico. Debieron enloquecer... Algún mal del espacio, no hay duda. Algo ajeno a su voluntad.

—Es lo que le dije a Sdok. Pero nadie me escuchaba. Debió ser la burbuja...

—¿Burbuja? —repetí—. ¿Qué burbuja?

—La nave... Tierra-Dos no llegó como la vuestra, Ken. Venía

envuelta en una gran burbuja cristalina. Se posó en nuestro mundo envuelta en esa burbuja misteriosa que ninguno comprendíamos...

—Espera —la detuve, excitado—. Creo que ya entiendo. Una burbuja espacial... Alguna materia cósmica de naturaleza desconocida... Apresó al Tierra-Dos y lo condujo aquí. Eso impidió que pudiéramos captar su trayectoria. Dejó de emitir señales y de ser localizable. Pero se posó en Nova. Y sus tripulantes, afectados por esa materia espacial que les envolvía, enloquecieron fatalmente, contagiando luego su mal a todos vosotros, porque algún virus o germen nocivo del espacio exterior se había adueñado de ellos. Esa tiene que ser, necesariamente, la explicación de todo.

—Quizá lo sea, Ken. Es más, yo así lo pienso —se expresó Zirga con tristeza—. Pero eso no altera las cosas. Todo sucedió así. Y ahora, esas horribles criaturas... iban a acabar conmigo y contigo.

—Las malditas babosas... —recordé con un estremecimiento, mirando abajo, a la oscura sima que era ahora para nosotros el lago y el pueblo ribereño. ¿Qué son esas «cosas» realmente, Zirga? ¿Lo sabes tú acaso?

—Claro que lo sé —asintió ella con voz de extraña entonación—. ¿No lo has sospechado tú ya, Ken?

—No veo qué puedan ser... —confesé, encogiéndome de hombros.

—Son *ellos*, Ken.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

—Tus compañeros de la Tierra, Ken. LOS ASTRONAUTAS DEL TIERRA-DOS... Creo que el monstruo que salvó tu vida ahí abajo, enfrentándose a muerte con los demás... era alguien que tuvo un momento de lucidez final al reconocerte... Creo que era... o fue alguna vez... tu amigo Adam Landers...

CAPITULO VI

Allí estaba. Frente a nosotros.

Era la nave. El Tierra-Dos.

La contemplé abstraído, profundamente impresionado. Erguida allí, inmóvil, apuntando al cielo, en la cima misma de las rocas de aquellas montañas...

—Te lo dije, Ken —musitó Zirga amargamente, mientras el sol subía lentamente desde el horizonte—. Este es el fin...

Miré de nuevo la nave, tras dirigir una ojeada a mi hermosa compañera. Ella tenía razón, sin duda alguna. Aquella nave estaba maldita. Una fuerza procedente del espacio exterior, acaso una bacteria o una forma de energía desconocida, era actualmente dueña

de la nave. Desde allí podía verse la especie de burbuja cristalina, totalmente transparente que envolvía, como un halo luminoso a la luz del sol, la estructura metálica del Tierra-Dos.

Me estremecí al recordar a Adam Landers, convertido ahora en una forma babeante y horrible, como todos los demás astronautas. El mal actuaba de diversas formas, según la naturaleza de los seres sobre quienes ejercía su nefasta influencia.

—Aun así, había que venir aquí —dije sordamente—. Es la única posibilidad...

—¿Hay alguna, realmente? —dudó ella.

—No lo sé, Zirga. Pero yo regresé a Nova por ti. Por ti estoy luchando ahora. Y porque este mundo, algún día, vuelva a ser el que fue.

—Será difícil. Los supervivientes del horror huyeron lejos, emigraron a tierras del sur, a las regiones pantanosas, donde un largo período terminará con su salud y sus vidas.

—Por eso tenemos que hacerles volver e iniciar una nueva vida, devolver a Nova su aire de paraíso. Para eso hace falta destruir a esa fuerza maléfica que llegó del espacio.

—¿Cómo destruirla? A quien se aproxime a esa nave le atacará como a los demás, es seguro. Esa energía, o lo que sea, es dueña y señora del Tierra-Dos. Estoy segura de que desde allí se expande a todo el planeta.

—Estamos de acuerdo —asentí, apretando los labios con energía—. Ha llegado el momento, Zirga.

—¿El momento de qué?

—De jugárselo todo a una carta. O triunfar... o morir. No hay alternativa. No acepto morir lentamente, convertido en un mutante. Prefiero un final rápido. Valdrá la pena intentarlo.

—¿Qué piensas intentar? —me miró asustada, aterrándome los brazos con energía.

—Lo único posible —dije—. Atacar a esa forma de vida en su refugio, el Tierra-Dos. Y destruirla.

—¡Eso es imposible! —casi gritó, aterrada.

—Casi —sonreí duramente—. Eso me basta. Necesito unos minutos, Zirga...

—Unos minutos ¿para qué?

—Para concentrarme. Es preciso que bloquee mi mente, que durante unos minutos no piense en nada. Creo que el pensamiento, la mente, es el camino que debe usar esa materia o energía para poseer a los humanos. Si logro llegar aislando mi cerebro de sus posibles radiaciones, quizá lo logre.

—¿Crees que puedes llegar a dejar en blanco tu mente unos minutos?

—Es una prueba que a veces hacíamos en la base terrestre, como experimento psicológico. Lo intentaré, Zirga. Hay que hacerlo…

Ella me miró. De repente me abrazó. Estaba llorando.

—Sí, Ken —musitó-—. Creo que tienes razón. Esperar a morir así, lentamente… no es solución. Hay que hacerlo.

—Gracias, Zirga. Sabía que lo entenderías. Vas a ayudarme tú ahora. Puedes colaborar conmigo a que mi mente quede bloqueada. Escucha…

* * *

Zirga me ayudó en aquellos minutos de tensa espera. Lamentaba no disponer de sistemas de detección para comprobar si las radiaciones de la nave eran de un determinado tipo e intensidad, pero estaba seguro de algo: la energía cósmica que se adueñó del Tierra-Dos en el espacio, debía tener una lógica razón para permanecer dentro. Las pilas iónicas de la nave eran una fuente inagotable de energía para cualquier forma de vida que necesitaba de tal provisión. No abandonaría la nave por ninguna razón, limitándose a emitir sus radiaciones a distancia.

Zirga, por alguna causa que no lograba entender, acaso por el hecho de ser mujer y de poseer una mente particularmente desarrollada, era probable que no hubiera sido víctima de las radiaciones y de sus efectos mutantes. Pero en cualquier momento, esa aparente inmunidad podía desaparecer, condenándola también a ella a un final horrible.

Me ayudó en mis pruebas iniciales, comprobando que mi abstracción podía llegar a ser total, y finalmente resolví aproximarme a la nave Tierra-Dos.

No me fue difícil llegar ante la burbuja cristalina que la envolvía. Cuando intenté atravesarla, noté una especie de rechazo, de enérgica sacudida que hizo vibrar todo mi cuerpo y aguijoneó dolorosamente mi cerebro.

Inmediatamente, traté de neutralizar mis ondas cerebrales. Congelé mis pensamientos, hice el blanco total en mi mente y probé de nuevo.

El experimento resultó. Pasé la barrera casi invisible de aquella burbuja gigantesca.

Abrir la puerta del Tierra-Dos era cosa simple. Conocía a fondo los sistemas de funcionamiento de los circuitos de a bordo. La cerradura de seguridad cedió al manipular yo sus mandos, manteniendo siempre bloqueada mi mente, en un cuadro externo de la nave, situado bajo un panel de su fuselaje. La puerta se deslizó

silenciosa a un lado.

El paso estaba franco. Penetré en el Tierra-Dos.

Era como volver al pasado. Las cámaras, los pasillos, los paneles, las luces... Todo parecía estar en perfecto estado. Los generadores de energía zumbaban sordamente en el fondo de la nave. Eso confirmaba mi idea. La fuerza cósmica necesitaba energía de los iones. Eso aumentaría gradualmente su poder hasta límites aterradores.

«Algo» me rechazaba allí dentro. Pese a mi bloqueo mental, notaba una especie de dolorosos calambres en mis sienes y un dolor insufrible en toda mi cabeza. Pero en mi actual estado de yoga podía soportarlo todo.

Al menos, el tiempo preciso para llegar hasta la cámara de controles. Miré los mandos, los asientos vacíos, los trajes especiales de mis camaradas, alineados en sus armarios. Crispé las mandíbulas, aunque procurando no pensar en ellos.

Quizá nunca sabríamos la clase de invisible enemigo que era aquella fuerza espacial introducida a bordo, capaz de pensar y de dominar a los seres vivientes.

Pero por ellos, por Zirga, por mí, por el planeta Nova, hice lo que hice.

Inesperadamente, sin dar tiempo a la energía invisible para evitarlo, mi mano cayó pesadamente sobre dos botones rojos de un tablero. Ambos se encendieron. Un zumbido vibró en toda la nave.

Me sentí lanzado contra un muro, golpeado brutalmente por una fuerza que no podía ver, pero sí sentir. Procuré caer en uno de los asientos de los astronautas, cuando recibí otro impulso agresivo de la nada. Y pulsé otro resorte de un brazo del asiento.

El sistema de propulsión automática del cuerpo humano actuó. La nave misma me disparó al exterior, abriéndose un hueco en el fuselaje. Era el sistema de emergencia para evacuar el Tierra-Dos.

Caí junto a la envoltura cristalina, sintiéndome azotado por algo poderoso y lacerante que parecía hacer crujir mis huesos y temblar mi cuerpo. Siempre en trance para pensar, crucé la barrera invisible, corrí hacia Zirga, que me esperaba con sus brazos extendidos...

Caí con ella, rodando por las piedras, lejos de la nave. Esta rugió de súbito, se encendieron sus reactores... y despegó majestuosa, entre un fragor que hizo temblar el suelo y un aluvión de piedras laderas abajo.

Aterrada y esperanzada a la vez, Zirga me abrazaba, caída junto a mí en el suelo, contemplando el majestuoso ascenso del proyectil plateado que era el Tierra-Dos. Con la inexorable burbuja envolviéndola siempre, como una capa de maldición cósmica.

—Dios mío... —oí susurrar a Zirga—. ¿Y ahora? ¿Qué has

hecho? ¿Adónde se dirige? Podría regresar aquí, si esa fuerza misteriosa se lo propone...

—'Tierra-Dos no volverá nunca a Nova —aseguré con energía, atrayendo a mi amada Zirga hacia mí—. Pulsé dos botones de alta emergencia. Uno, bloquea totalmente los mandos y controla el rumbo de forma automática, obligando a la nave a volver a la Tierra. Hasta llegar a su destino, ya nada ni nadie puede alterar su rumbo ni controlarlo en absoluto.

—¿La Tierra! —se horrorizó ella—. Pero eso significa que... ¡su horrible poder destruirá a tu planeta, Ken!

—No, Zirga —rechacé con una cansada sonrisa—. Tierra- Dos, nunca llegará allí. El segundo botón que pulsé... es el de la AUTODESTRUCCION TOTAL de la nave en cinco minutos. Contempla el cielo y verás...

Lo contempló, igual que yo.

Cinco minutos más tarde, un fogonazo gigantesco iluminó la noche púrpura de Nova, allá lejos, muy lejos. Fue como el resplandor de una estrella nova. Brilló, deslumbrante, unos segundos. Luego, se extinguió.

—Todo ha terminado —suspiré, atrayendo a Zirga hacia mí y besándola—. La nave, la Energía Cósmica, la pesadilla... Vamos, Zirga querida. Empecemos aquí un nuevo mundo. Sdok, tu esposo, ya nunca será humano. Pronto será sólo piedra inerte. No puedes seguir unida a él. Empecemos nosotros dos, aquí, un nuevo mundo, una Nova más nueva que nunca, con el regreso de aquellos que huyeron del terror...

—Sí, Ken —musitó ella—. Empecemos de nuevo, amor mío...

FIN



Si le gusta lo más escalofriante,
lo más insospechado, lo menos absurdo,
lo no apto para lectores nerviosos...
lea y saboree cualquier relato de la

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA PTAS.

Impreso en España